

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . º É P O C A

Año 1959 - Número 98



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. 149

DEPÓSITO LEGAL, SE - 25-1958



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1959



Tomo XXXI
Número 98

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1959

NOVIEMBRE - DICIEMBRE

Número 98

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

- Jesús de las Cuevas.—*El poeta sevillano José M^a Roldán (1771-1828). El "Danilo", su drama, pastoral inédito. (Cuatro ilustraciones fuera de texto)*..... 245
- Agustín García Calvo.—*En el recuerdo de don José Valiejo*..... 307
- Luis J. Pedregal.—*La Cofradía de Montesión celebra en 1960 el IV centenario de su fundación*..... 317

MISCELANEA

- Antonio Herrera García.—*Riña de alcaldes, en 1677, en la iglesia de Villanueva del Ariscal*..... 333
- *** *Premios y becas de la Excm. Diputación Provincial*..... 339
- LIBROS: Varios..... 341
- CRÍTICA DE ARTE: *Música*, por Norberto Almandoz..... 347
- CRÓNICA: José Andrés Vázquez.—*Cronista Oficial de la Provincia. — Noviembre y diciembre, 1950*..... 561

ARTICULOS ORIGINALES

EL POETA SEVILLANO JOSÉ MARÍA ROLDÁN

(1 7 7 1 - 1 8 2 8)

EL «DANILO», SU DRAMA PASTORAL INÉDITO

FIEL y perseverante en insistir sobre algunas figuras un tanto olvidadas de la escuela poética sevillana del XVIII, puedo presentar hoy una pieza de verdadero valor que permanecía inédita todavía: el "Danilo", de José María Roldán. Esta obra, de trascendental importancia, se encontraba perdida y fué buscadísima, inútilmente, por eruditos y críticos a lo largo de muchos años; a la postre, ha venido a parar a mis manos y, gracias a ello, he logrado estudiarla y transcribirla. De ese modo, la personalidad de Roldán, un tanto apagada como poeta, cobra nuevos bríos y se presenta con originales facetas. Y a tal punto que, de ahora en adelante, habrá de considerarlo en su justo valor, como uno de los mejores poetas del XVIII sevillano.

Ya en otra ocasión me fué dado tratar sobre Roldán (1) a propósito de su correspondencia con don Pedro Agustín Rivero de la Herrán, de Jerez de la Frontera, un gran señor de su época. Como de sobra es sabido, Roldán --"célebre", "austero y ejemplarísimo", en opinión de Menéndez y Pelayo (2)-- estuvo allí de cura párroco en San Marcos, de 1809 a 1817. Y desde esta fecha, en que se traslada a San Andrés, de Sevilla, hasta el 9 de enero de 1828 en que muere, escribe con frecuencia a su amigo y "compadre" de Jerez. Este se desvive por él, le ayuda en sus mo-

(1) «Félix José Reinoso y José María Roldán. Dos sevillanos ilustres». En «Archivo Hispalense». Nums. 61 y 62, 1953. Págs. 165-188.

(2) «Historia de los Heterodoxos Españoles». Lib. VI. III. Tomo IV de la edición del C. S. de I. Científicas, 1947. Pág. 333.

mentos de apuro, le busca sus medicinas y le anima a la impresión de sus "Comentarios del Apocalipsis". Es más, le costea la copia en limpio de su obra, que manda hacer Roldán "ya casi al borde del sepulcro" (3) y que, luego, le envía y ha de estar, por tanto, traspapelada por Jerez. La que se encuentra en la Colombina y permanece aún allí inédita, es una copia sacada expresamente por Roldán para ese sitio: "yo habré de sacar otra copia, luego que el escribiente pueda hacerlo, para mi uso y con el fin de ponerla en la biblioteca pública del Cabildo, donde se conserve la obra, y la lean todos los que quieran" (4). También sabemos cómo Roldán le manda sus versos, ya cercano el final de su vida: "Van todos los que he hallado, unos malos, otros, regulares, y otros muy pocos buenos, cuales son el drama y algunos o dos premiados por la Academia. Los primeros a nadie nuestro, ni yo creía que los conservaba: se los remito, porque no puedo negarle nada mío que me pida. Mas van con la condición que a nadie los dé a leer, pues no me hacen honor. Los otros puede mostrarlos a quien quiera y copiarlos, si tiene esa extravagancia; y todos me los volverá cuando no les sirvan, y tenga proporción de ello; pues aunque yo los tengo olvidados, quiero, sin embargo, conservarlos, para otro caso igual que me ocurra" (5).

Lo que pasó es que unos meses después la muerte sorprendió a Roldán y el señor Rivero no pudo así devolverle sus versos. Entre ellos, los de su drama pastoril "Danilo". Esta obra, alabada extraordinariamente por Lista, como, luego, veremos, que la conocía por habérsela oído leer a su autor, en la Academia de Letras Humanas de Sevilla, permanecía inédita en Jerez. De ahí, lo vanas que fueron las pesquisas por encontrarla en Sevilla, entre los papeles de la Academia. Y ha sido, recientemente, cuando otro gran señor de Jerez, descendiente de don Pedro Agustín, don Salvador Rivero Pastor, cultura y finura a un tiempo, tuvo la generosidad y cortesía de entregarme el original del "Danilo", escrito por la propia mano de Roldán. Un magnífico regalo para quienes gustamos de saborear estas cosas y que quiero agradecerle desde aquí públicamente.

(3) En carta de Roldán, del 3 de enero de 1826.

(4) En carta del 20 de noviembre de 1827. Hay otra referencia en la del 22 de septiembre del mismo año: «ponerla por mi manera en una de las bibliotecas públicas, donde la lean todos los que quieran».

(5) En otra a Rivero, del 3 de julio de 1827.

Una pieza codiciada.

Es en Lista, pues, en donde se encuentra la primera y segura referencia a este inédito drama pastoril de Roldán, en su estudio sobre la escuela poética sevillana que inserta en la "Revista de Madrid" (6). Allí habla de sus "bellísimos versos", que al mismo Roldán —tan exigente consigo mismo— les parecen "buenos". Pero don Alberto Lista habla de él, ya que lo recordaba, a pesar de los años transcurridos, porque nos consta que no lo tenía a la mano. El "Danilo" estaba ya perdido, y así sigue, sin dejar más fe de vida que el fiel testimonio de Lista, para no salir a flote hasta ahora. De esa forma, algunos críticos y estudiosos de esta escuela del XVIII, al referirse a Roldán, anotaban la estela de su pasada existencia, y se dolían de no tenerlo para comprobar si las alabanzas de Lista se fundaban sobre una base cierta. Presumían que sí, ya que es de sobra sabido cómo a Lista le gustaba el buen paño y era hombre en extremo sagaz para enaltecer olvidados valores. Todo ello, acuciaba aún más la búsqueda del "Danilo", tras del cual anduvieron a la caza un par de finos y eruditos sevillanos en el XIX, sin lograr darle alcance. Entre otras cosas, porque dirigían sus pesquisas sobre los viejos papeles de la Academia de Letras Humanas, sin sospechar siquiera que el "Danilo" no quedó allí, sino que llevado, finalmente, por Roldán a su casa, viajó en 1827 hacia Jerez con un puñado de sus versos.

Así, Angel Lasso de la Vega expone la situación con estas líneas, escritas en 1876 (7): "También Lista menciona un poema titulado "Danilo", nombre poético de su autor" "y que se conservaba, sin haberse publicado, entre los papeles de la Academia de Letras Humanas. Infructuosas han sido las diligencias de muy celosos y distinguidos literatos, afonosos de conocer este trabajo tan encomiado para dar con su paradero. Pasando sucesivamente de unas manos a otras, ha sufrido, sin duda, un sensible extravío". Con parecidos términos se expresa el Padre Blanco (8): "Perdido como está el poema "Danilo", de don José María Roldán, tan encomiado por sus compañeros de escuela". Y Méndez Bejarano (9): "Roldán dejó inédito un poema, "Danilo", del que sólo quedan los elogios que le tributó Lista". O Salce-

(6) En el Tomo I. «De la escuela poética sevillana de Literatura». Pág. 217 y sig.

(7) En su «Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana de los siglos XVIII y XIX». Madrid, 1876. Pág. 159.

(8) «La Literatura Española en el siglo XIX», por el P. Francisco Blanco García. Tomo I. Madrid, 1909. Pág. 36.

(9) En su «Historia Literaria». Tomo II. Madrid, 1902. Pág. 70.

do (10): "se ha perdido su poema "Danilo", celebradísimo por Lista". Como veis, la noticia se repite casi con idénticas palabras. Más tarde, Méndez Bejarano amplía un poco su comentario, pero sin añadir nada nuevo (11): "No desmayaba su vario numen cuando cantaba "El Natal de Filis", ni en el "Danilo", poema, a juicio de don Alberto Lista, escrito en bellísimos versos, que rotulado con la divisa poética de su autor, reposó en el polvo del Archivo de la Academia, y, por fin, se extravió".

Por contra, no cita Reinoso este drama pastoril en la noticia biográfica que traza de Roldán para el "Diccionario Geográfico", de Minano (12), y recoge Leopoldo Augusto de Cueto como nota preliminar para la Biblioteca de Autores Españoles (13), como no se consigna tampoco en la adición que a la anterior noticia de Reinoso sobre Roldán redactó, con el mismo fin, Fernández Espino. Tampoco se incluye la menor muestra del "Danilo", en la segunda edición de las "Poesías Selectas", de Quintana, donde se publican algunas poesías de Roldán, facilitadas por Reinoso. Este silencio del Secretario de la Academia para el "Danilo" extraña, sobremanera, cuando conocía la restante obra poética de su entrañable amigo. Pero, por lo visto, Roldán no se lo envía a Madrid, como hace con sus "Comentarios", antes de decidirse a su publicación, para conocer su valiosa crítica. Del mismo modo, Menéndez y Pelayo al citar a Roldán (14), no hace referencia, a su vez, al "Danilo", y éste se fué difundiendo sin pena ni gloria para su autor, tras de su pérdida a lo largo de más de siglo y medio.

La mala suerte de Roldán.

Indudablemente, fué mala suerte la que tuvo "el sabio y modesto don José Roldán", como lo nombraba Lista. "Así pasan, rápidamente, amigo mío, el talento y la virtud, desconocidos y despreciados del mundo..." —anota con amargura Reinoso, en misiva a Rivero—del 22 de abril de 1828—lamentándose de su muerte. Y la suerte de este hombre "despreciado" la vemos, sobre todo, con el curso que siguió su obra desperdigada e inédita, en una gran parte, pese a sus esfuerzos por conseguir que su

(10) «La Literatura Española», de Angel Salcedo Ruiz. Tomo III. Pág. 307. Calleja, 1916.

(11) En su «Diccionario de escritores, maestros y oradores, naturales de Sevilla y su actual provincia». Sevilla, 1923. Tomo II. Pág. 322.

(12) Artículo «Sevilla. Tomo VIII. Pág. 243 y sig. Madrid, 1827.

(13) «Poetas líricos del siglo XVIII». Tomo III. Rivadeneyra, 1875. Pág. 639.

(14) En su «H. de los Heterodoxos Españoles», ya citado.

"Ángel del Apocalipsis" viera la luz, y ya vimos, con ese motivo, las tristes impresiones de Reinoso sobre la censura y la forma de imprimir en su tiempo (15). Y, luego, cuando, cansado ya, desiste de su empeño, la misma copia que le hace un plumista, por encargo y con el dinero de Rivero, para mandársela a Jerez, sale "muy desaseada" y al encuadernador "se le fué la cuchilla en un tomo"—como precisa Roldán con su escrupulosidad de siempre.

Lo cierto es que su "Ángel del Apocalipsis" aún continúa manuscrito en la Biblioteca Colombina de Sevilla, olvidado casi por completo (16) y, por desgracia, aún tienen actualidad aquellas líneas de Fernández Espino, de 1875, al comentar que era "lamentable que no se haya dado a luz para satisfacción de los amantes de las letras y para honra de su patria".

Por otra parte, su famoso sermón del Corpus—"elocuente y acabado discurso" lo llamaba Fernández Espino, que pronuncia en la Catedral de Sevilla el 22 de mayo de 1818, y que le proporciona justa y merecida fama de orador sagrado, se queda inédito y autógrafo hasta 1856, en que el cura ecónomo de Santa Ana, de Triana, don José Fernández Mora, en cuyo poder se encontraba, lo cede para "enriquecer las páginas" de la Revista de Ciencias, Literatura y Artes (17).

Sin embargo, nada como la pérdida del "Danilo", del que se tenía noticia, pero no acababa de aparecer, para confirmar esa desgracia de Roldán respecto al justo conocimiento de su tarea. Lo que no cabe duda es que la suerte de los versos de esta obra, como ocurre con otros muchos, hubiera sido muy distinta de haber podido la Academia de Letras Humanas publicarlos en su tiempo. El mismo Reinoso lo comprendió así, cuando escribe: "¡Si al menos viera el público unidas como otra vez las poesías, que a despecho de la bella literatura yacen olvidadas entre los manuscritos de la Academia, muy más ilustre, que las de Lope y Lucrecio!" De seguro, en ese caso, la memoria de la Academia "pasaría con veneración a la posteridad" "y unida inseparablemente a ella la de Arjonio, Albino, Lucio y Danilo, nombres queridos de las Musas, aunque menos conocidos que merecen, pondría en olvido a los antiguos Herrera, Jáuregui, Arguijo y Rioja en las riberas del Betis, el suelo más fecundo para el genio español" (18). La realidad es que, restando el apasionamiento que por sus amigos y la Academia transparentara en esta oca-

(15) En mi anterior trabajo sobre «Reinoso y Roldán».

(16) A excepción de Menéndez y Pelayo, que trata de él —aunque sucintamente— en su «H. de los Heterodoxos».

(17) Correspondiente al año 1856. Tomo III. Pág. 197.

(18) En el Prólogo de F. J. Reinoso a la edición auténtica de «La Inocencia Perdida». Madrid. Imp. Real, 1804.

sión Reinoso, existe un vacío en la comprensión de su época por estos valores sevillanos de las postrimerías del XVIII, motivado, sobre todo, por su casi total desconocimiento. Para luchar contra este apartamiento de pura minoría aconseja el Prior de los Jerónimos de Bornos, fray Juan de Cádiz, al doctor Santullano, la necesidad de que salgan de su reducido ámbito de la Academia las composiciones más preclaras: "si ésta (la Academia) pudiese esperar los consejos de quien se honra y espera aprender de sus luces y producciones, yo le diría, o mejor, le suplicaría que no escondiese en la oscuridad estéril de su archivo obras que deben eternizar su nombre y el de sus autores". Pero una "fatalidad inevitable" estancó "la publicación dentro de nuestros muros"—reconocía Reinoso. De ahí, que si, después, algunas de estas figuras, de la mano de críticos que recopilaban su obra, brillaron con luz propia, otros, y quizás más que nadie Roldán, con su "Danilo" perdido y sus "Comentarios" inéditos —¡triste balance!— no daban lugar, ni base para intentar una valorización seria y en conjunto de su completa labor literaria.

Repito que este fué el caso concreto de Roldán como poeta. No hay más que repasar diversos ejemplos de su crítica negativa. En forma un tanto dura, difusa y ambigua lo trata Alcalá Galiano: "sólo acertaba a poner imágenes comunes en lenguaje oscuro, siendo una medianía de aquellas en que los aficionados a la especie de poesía a que el autor corresponde encuentran casi superioridad verdadera" (19). "Roldán, que tenía poco de poeta, por más que artificialmente construyese versos correctos..."—opina Menéndez y Pelayo (20). De su "lirismo desmayado" habla Lasso de la Vega (21) y de "poeta mediocre" lo califica Montoliú (22). No son más que unas simples muestras. Sólo que de haberles sido posible conocer a fondo al "Danilo", su opinión posiblemente variaría, o tendrían, al menos, una segura referencia a esta salida pastoril de nuestro buen sevillano.

Roldán intenta el "estilo pastoril".

Pero el primer laude sobre una versificación al "estilo pastoril" de Roldán, la tenemos por Reinoso. Está en su "Historia

(19) «La Literatura en el XVIII». Madrid, 1844. Vid. también: «De la escuela literaria formada en Sevilla a fines del siglo próximo pasado». «Crónica Española de Ambos Mundos». Tomo I. 1860.

(20) En su «Historia de las I. Estéticas». Tomo III. Cap. III. Pág. 444.

(21) En su cit. «Historia y juicio de la escuela poética sevillana en los siglos XVIII y XIX». Pág. 156.

(22) «Literatura Castellana». Barcelona, 1930. Pág. 739.

de la Academia de Letras Humanas", que redactó como Secretario de la misma y vió la luz impresa en estas mismas páginas de ARCHIVO HISPALENSE (23). Por esa historia o crónica, sabemos que una de las ocupaciones de los académicos consistía en la crítica de ciertas obras. Esta crítica o censura se celebraba con toda equidad. El mismo Reinoso explica su sencillo entendimiento de la crítica: "aplicación y reducción de las obras a los principios de las artes, es censura, y el juicio difícilísimo de ellas". Con este fin, se nombraba un revisor anual, "por cerrar la entrada a cualquier manejo monopólico" y "a cuyo cargo está la censura de todas las obras, dejando sobre la distribución de las que él presentase, al arbitrio del Presidente..." Una vez propuestas y leídas en la Academia, se exigía que fueran verbales estos juicios de las obras. "Es increíble —anota Reinoso— la utilidad que produjo desde sus principios este ejercicio..." Pues bien, una de las piezas refutada con no muy buena crítica fué un folleto de José Alvarez Caballero, titulado "La loa restituida y su primitivo ser". La reacción de su autor no se hizo de esperar. Vino con la publicación de una carta, la llamada de "D. Migas Sobeo a D. Rosauro de Safo" (24). Esta carta destila ironía y acritud por sus cuatro costados. Migas Sobeo— el Lcdo. José Alvarez Caballero, un tanto encubierto por las iniciales L. J. A. C.— se dirige, airadamente, a la Academia, y, en especial, a su Secretario, Reinoso, don Rosauro de Safo, por "la impugnación" "necia y osada que a un papel sólido, docto y escrito en buen lenguaje, se ha hecho por un párvulo que tiene todavía mucho que leer y aprender antes de estar en estado de tomar la pluma con acierto... ¿Quién es? El jefe de los currutacos literarios, el Adonis de las Musas, el predilecto del mismo Jove, un esputo de Minerva, el señor don Rosauro de Safo". Como véis, Alvarez Caballero respira por la herida y no se anda por las ramas, ni con circunloquios, sino, por el contrario, con palabras gruesas, hasta ponerlos de media vuelta. Comprenderéis el estupor de los académicos, ante un ataque tan inesperado y de tal calibre; ellos, que vivían en una atmósfera de respeto y cordialidad, de modestia y sencillez, trabajando, ocultamente, por levantar y restituir el buen gusto en Sevilla. La cosa era, de todos modos, tan fuerte, que los indignó en lo más profundo. Pensar que mientras ellos se "afanaban", hubiera "quien pre-

(23) En el número 13, correspondiente al 15 de noviembre de 1886. Tomo II. Cuad. VI. Pág. 17 y sig.

(24) Su título es el siguiente: «Carta familiar de D. Migas Sobeo a R. Rosauro de Safo en que le da cuenta de la peligrosa aventura a que se ha expuesto por defenderlo ciegamente, y le pone tibio algunos turbios reparos sobre su docto escritos». En Sevilla, en la Imprenta Mayor de la ciudad. Año de 1876. Folleto en 4.º, de 30 páginas.

tendiese burlarlos delante del pueblo, que hasta aquel punto nada sabía de sus juntas” y hacerlos sufrir “el desprecio y la charla de los ignorantes, y de los maldicientes, cuya cantidad es muy crecida...” Reinoso —en su citada “Historia”— deja traslucir su enfado, ante el ataque del “incalificable escrito”, “hediondo papelejo”, “eructos de la estupidez mordaz...” Pero, enseguida, reflexiona y vuelve a la moderación. “No, no tema la Academia —escribe— que yo me separe un punto de la circunspección y buen término con que debo hablar en este sitio augusto. Me he distraído insensiblemente...” Por debajo de cuerda, el inspirador de Alvarez Caballero para lanzarse contra la Academia de Letras Humanas, y el “alma” de ella, Reinoso, hacia quien dispara sus tiros, era el canónigo don Antonio de Vargas, rector que había sido de la Universidad, el cual se sentía bastante ofendido por no haberle consultado la Academia en sus trabajos. Esta es la opinión de Martín Villa, y el origen de la “destemplada censura con que fueron tratados unos jóvenes que habían cometido el delito de reunirse para estudiar” (25). Como quiera que fuera, el Presidente, entonces, de la Academia, Presbítero don Eduardo Adrián Vacquer —“malogrado ingenio, a quien Lista profesaba singular estimación”, según Méndez Bejarano (26)—, quiso “para vindicar su inocencia con el público y dar una idea de sus trabajos” —como escribe Reinoso— “imprimir algunas de las poesías presentadas en ella, que habían sido el objeto principal de las burlas”. Adrián Vacquer selecciona y publica las poesías de Reinoso, Lista y Blanco, en un pequeño libro, en Sevilla, en el año 1797 (27). Esta fué la contestación de la Academia al “folletín” de Migas de Sobeo. Se limitó a imprimir las mejores poesías de tres de sus académicos, sin rebajarse nunca a levantarle la máscara a Caballero, ni descubrir al canónigo Vargas, lo que habría sido —tal insinúa Martín Villa— “irritar los ánimos”. Y el éxito de tal medida colmó las previsiones. “La victoria fué fácil y completa” —escribe, de nuevo, Martín Villa, ya que el público juzgó que estas composiciones “honraban a Sevilla y a la Academia”. Pero la expresión de Reinoso es más sabrosa aún: “Los hombres de letras del pueblo se interesaron vivamente por un establecimiento en que de tal modo fluía el gusto...”

Sin embargo, cabría objetar el por qué en esa colección de la

(25) En el prólogo a su «Reinoso». Pub. por la Soc. de Bibliófilos Andaluces, 1872. Pág. XXX.

(26) En su cit. «Hist. Literaria». Tomo II. Pág. 639.

(27) «Poesías de una Academia de Letras Humanas de Sevilla», publicadas por su individuo D. Eduardo Adrián Vacquer, Presbítero. En Sevilla, por la viuda de Vázquez y Compañía MDCCXCVII. El día 5 de noviembre de ese año —1797— se presentó a la Junta de la Academia «ya impresa la colección de poesías...»

Academia, no se insertaron poesías más que de tres académicos y se dejaron fuera las de otros. En especial, las de Roldán. Es el propio Reinoso quien nos aclarará este punto: "habiendo omitido el editor a solicitud de don José María Roldán algunos pocos versos que había leído en los primeros tiempos de la Academia; los cuales, hablando con la severidad que he guardado hasta ahora inviolablemente, son harto débiles y debieron en justicia omitirse". Líneas que revelan cómo en la Academia —al menos, por Reinoso— no se prodigaba el elogio sino a quien lo mereciese en buena ley, y muestra, además, una dosis de sensatez y honradez crítica, que mal se aviene —en este punto, concretamente— con el un poco exagerado juicio de Menéndez y Pelayo, de que "ninguna escuela o grupo literario abusó tanto y tan cándidamente del elogio mutuo como la escuela sevillana" (28). Lo que ocurría es que estos hombres que "jamás probaron el aguijón envenenado de la envidia" (Martín Villa) ni aspiraron a la "gloria individual" (Lista), se sometían de buena fe al criterio de quienes consideraban con suficiente talento para discernir sobre lo bueno y lo malo de su obra. Y nadie con mayores méritos que el secretario de la Academia para dar el visto bueno a la labor de sus compañeros. No olvidemos que Reinoso ejerció, a lo largo de su vida, "cierta especie de magisterio", como lo define Menéndez y Pelayo. En especial, sobre Roldán y Lista, que no querían publicar sus escritos, sin contar con su previa aprobación. El mismo Roldán, con 55 años —como ya vimos— le manda sus "Comentarios" a Madrid, para conocer su crítica. Y es que admiraba su sabiduría, su sentido estético, su sinceridad y rectitud de juicio no empañados nunca. Tampoco olvidaba aquella admirable defensa que hizo a una oda suya, porque lo creyó justo, cuando salió a la palestra para defender su honor poético, atacado por Carvajal. Pero aun así, Reinoso conservó su consabida honradez: "Jamás he creído que la oda no tiene defectos; los tiene a mi parecer..." No en balde existía una gran amistad entre ellos, sólo enturbiada un instante: en 1816. Entonces, Reinoso escribe una carta desagradable a Roldán, por no defender a Sotelo, a quien acusan —y con razón— de afrancesado. "Mi Roldán..." "pero lo que has hecho tú, ¡Dios Santo!" "¡Y taparlo mal con telas de araña!" Roldán contesta dolido, poniendo los puntos sobre las íes, en otra misiva donde se trasluce su bondad probada mil veces: "La tuya, llena

(28) El párrafo lo completa don Marcelino con las siguientes líneas: «Tiene algo de simpático, por lo infantil, este afán de enjuiciarse unos a otros aquellos escogidos de Apolo, con las marchitas o contrahechas flores del Parnaso, que si fueran olorosas y lozanas en el siglo del Renacimiento, habían perdido ya toda frescura y aroma, a fuerza de ser rústicamente ajadas por todas manos». En su «H. de los H. Españoles». Lib. VII. Cap. IV. Pág. 182. Tomo VI. E. del C. S. de I. C.

de hiel y vinagre, me ha causado un amargor y enojo..." "al hombre más criminal y malvado no soy capaz de afligir voluntariamente. Hace más de un año que estoy sosteniendo en la cárcel a un infame ladrón, que después de haberme robado en la calle una noche..." Sólo que esto no obsta para decir la verdad en el caso de Sotelo. Los sacerdotes "deben hablar la verdad cuando son preguntados". Al final, se despide: "Adiós, mi Reinoso..." "tu inmutable amigo..." Las dos cartas fueron publicadas por Méndez Bejarano (29) y cuentan cómo la única nube —pronto disipada— entre ambos. Buena señal del afecto mutuo que se tenían, es el desconsuelo de Reinoso al conocer la muerte del "incomparable Roldán", del "eclesiástico más digno de la diócesis".

Pero, en fin, a lo que íbamos. A continuación de explicar Reinoso la causa por la cual no figuraba Roldán en la colección de poesías de la Academia de Adrián Vacquer, añade: "Este digno fundador de nuestro cuerpo no había menester el lauro de las Musas, para tener un lugar honroso en nuestra Literatura por su instrucción escogidísima y su buen gusto en las ciencias sagradas; más lo ha pretendido de nuevo y ha logrado con tales ventajas, que en algunas piezas, singularmente en una Egloga presentada en el año próximo, compite a veces en belleza, si ya no lo excede, con los que más han desarrollado el estilo pastoril, el más feliz de todos para los líricos españoles" (30).

La lectura del "Danilo".

Esta primera noticia a una égloga de Roldán, hecha de una forma tan laudatoria por Reinoso —conocida ya la severidad y probidad de alabanzas para otras composiciones suyas, casi de la misma época— abre un cauce de esperanza para que Roldán se lanzara, dentro de ese mismo género pastoril, a la composición de su "Danilo". No sabemos tampoco cuál será la égloga que tanto agrada a Reinoso, y parece presentar en 1798 (31). He pensado en alguna ocasión si no fuera el mismo "Danilo". Pero no existe coincidencia de fechas. La Historia de la Academia de Letras Humanas, redactada por su Secretario, no llega —como reza su título— sino hasta el 10 de mayo de 1799. Y la lectura del "Danilo" la efectúa el propio Roldán, en la Junta del 20 de octubre

(29) «Historia política de los afrancesados». Madrid. Imp. de Felipe Peña. 1912. Página 389.

(30) En la cit. «Hist. de la Academia de Letras Humanas».

(31) Reinoso así supone precisarlo, al referirse al año próximo, puesto que se halla historiando el 1797, en la vida de la Academia.

de ese año, tal consigna en la portada de su manuscrito. Además, el "Danilo" no es una égloga, y sí un drama pastoril, y por tal habremos de tenerlo.

Por otra parte, ese año de 1799 fué muy flojo para la Academia. De "vergonzosa indolencia", lo califica Reinoso, quien se duele de "acabar estrepitosamente esta Memoria". "Faltó el estímulo; faltó entre nosotros el pudor de no trabajar y no tenemos empacho en dejar vacías las juntas que ofrecimos llenar con nuestros escritos..." Y era una pena, porque estaba el trabajo previamente planeado para que fuera un año fecundo, si hacemos caso de un folleto que cita Martín Villa (32). Pero no parecía sino que ya se vaticinaba el fin de la Academia, que dos años más tarde, en 1801, echó el "fatal cerrojo". Contra ello clamaba Reinoso, en unas líneas que no resisto a la tentación de transcribirlas: "hemos entrado en la senda por donde se camina a la inmortalidad. ¿Volveremos atrás la planta acobardados?" "Académicos: yo he sido este año el historiador de la gloria y la prosperidad de nuestra Junta. ¿Seré yo en el año venidero el historiador de su decadencia?" Es, quizá, por eso, para contrarrestar esa "indolencia" que se filtraba por doquier y hacía presumir su muerte, por lo que Roldán intenta inyectarle nueva vida con la lectura de su "Danilo", muy cercana ya la hora de su desaparición.

Esta obra se presenta, además, como si dijéramos, "fuera de concurso". Porque la Academia para "animar la desmayada aplicación" y a propuesta de Arjona, acuerda en 1795 celebrar certámenes con frecuencia, unos, en verso, y otros en prosa. Los temas son varios y tratan, verbigracia, de la "caída de los primeros padres", canto en unas 80 octavas —al que concurre y gana Reinoso con "La Inocencia Perdida"— o bien discursos sobre la ditterencia entre el estilo poético y oratorio, la virtud fuente de los verdaderos placeres, las causas de la corrupción de la oratoria sagrada, etc. Los premios consistían en retratos de poetas, y en la mayoría de las veces, en libros. Un Píndaro, traducido por don Francisco de Berquiza; una edición del Quijote en seis tomos; la Enciclopedia, en la versión de Hernández de Velasco; Tácito, la República Literaria de Saavedra Fajardo, impresa por Cano, o las poesías de Cienfuegos. (¡Dichosa edad aquella en que se iba a un concurso literario tan sólo para ganar un poco de gloria y un libro bello, regalo que más tarde se transformaría en ese "objeto de bronce" decimonónico, inevitable en los Juegos Florales, y to-

(32) «Memoria de los trabajos cumplidos por los individuos de la Academia Particular de Letras Humanas de Sevilla; y serie de los que han de cumplirse en el de 1799». En Sevilla, por la viuda de Vázquez y Compañía. En 8.º, 20 páginas foliadas en números romanos. Cit. por Martín Villa en su «Reinoso». Pág. XXXIII, 1872.

davía visible —ya casi pura arqueología— en la mesa de escritorio de los nietos de aquellos vates ilustres!) Existía también el accésit, gráficamente descrito como “al que más se le acerque”... De esta forma, los ánimos se encendieron y resulta “maravilloso, atendida la cortedad de los individuos, el número de trabajos, ya verbales, ya escritos” que se presentaron, como afirma Reinoso.

Sin embargo, en 1799, la Academia contaba con escasa vida por delante. Y, en efecto, a partir de 1801 muere, y cada uno de sus miembros, empujados de aquí para allá por los azares del destino, trabajará solitariamente, en medio de una época incierta e inquieta como pocas, aunque nunca, por ello, olvidarán jamás ni la amistad, ni el espíritu nacidos al calor de aquellas Juntas académicas.

“El mismo espíritu que había animado a sus individuos, el mismo amor a la bella literatura, los siguió y acompañó a todas partes a donde la suerte y las revoluciones del siglo los arrojaron...” —escribe Lista.

Sevilla, “Capital poética”.

Puen bien, Roldán, que sería juez y parte competente en esos “pregimnasmas de elocuencia” que se convocan y sirven para tallarlos, después, como orador sagrado, y aún gana algunos de estos premios de la Academia con sus versos —como sabemos por su carta ya citada— lee su “Danilo” en 1799. Clásico cien por cien, latinista y teólogo ejemplar (33), conocedor como pocos de los libros sagrados, admirador profundo de Herrera, cuando da rienda suelta a su ímpetu de poeta, junto a unas odas construídas, macizas —“robustas” es el calificativo que emplean Lasso de la Vega y el P. Blanco— se va, a la vez, con una vehemencia y una frescura inmarchita, casi como una liberación, por la senda del “estilo pastoril”, tal ya vimos, en frase de Reinoso, “el más feliz para los líricos españoles”.

Y es curioso ver cómo estos sevillanos no pueden volver la cara atrás —según hizo notar, muy agudamente, Higinio Capote (34)— por mucho lastre humanista y arcaizante que llevaran, a “la realidad poética de su tiempo”. Y esa realidad era una vuelta a una Arcadia, que no es del todo feliz, porque aparece teñida

(33) «Institutio Académica de vera vaticinii doctrina ad sacros prophetarum libros utiliter evolvendos in regia hispalensi Academia a Baec. Josepho Maria Roldán, Josepho Andrea de Roxas, Theologiae Doct. ac sacra scripturae intérprete, auctoribus ei farente, pro-
universaria concertatione defendas». «Kalendis Octobris Anno MDCXCIII. Hispalis».

(34) En sus «Poetas líricos del siglo XVIII». Tomo I. E. Ebro, 1941.

de melancolía. Al mundo de los pastores y del amor por la naturaleza que se respiraba por Europa. A la gozosa visión del paisaje, donde las zagalas lloran endechas y los pastores se quejan de sus amarguras, en unos valles húmedos de sombra verde, mientras los pájaros nadan por el cristal frío del amanecer.

Y todo esto —ese amor por la naturaleza que les rodea— se transparenta en el menor detalle. Verbigracia, hasta en la misma cónica de Reinoso sobre la Academia, que funda con el “Ledo. D. Joseph María Roldán”, oyente de Teología en la Universidad de Ciencias, sin arredrarse para nada por el mal éxito de la llamada Academia Horaciana —en el XVIII las Academias florecen por doquier—, de Arjona y Matute, sino llenos de entusiasmo, y bajo los auspicios de Juan Pablo Forner, Fiscal de la Audiencia: “La estación plácida de la primavera, en un suelo fecundo vestido, por todas partes de flores y verdor, parecía llamarlos en medio de sus recreos al trato albergue de las Musas”.

Esas son las líneas de Reinoso. Porque no podían traicionar al ambiente. Y ellos vivían en Sevilla y se percataban de la primavera, que fluía, como una fuente, en torno suyo. En ese ambiente, sentían la llamada de la poesía. ¿Cómo desoir la cuando todo conspiraba a su alrededor, en una exaltación de puro deleite lírico? De ahí, que Sevilla tenga ese cetro de “capital poética de España”, tal decretó Juan Ramón Jiménez. No hay discusión sobre este punto. “Sevilla es la ciudad de España que ha producido mayor número de excelentes poetas y pintores, y ha dado un carácter más determinado a su estilo, que en ambas artes forma escuela particular” —afirmaba Reinoso (35) consciente y orgulloso de esa responsabilidad que ha supuesto ser siempre poeta cien por cien de Sevilla. Hay que tener en cuenta, además, que Sevilla sabe suavizar la frialdad propia de escuela. José María Cossío lo ha visto también así: “Sevilla, amigos míos, es el disolvente más eficaz de que yo tengo noticia para toda cualidad de aspereza, de agriedad, de rudeza” (36). Y esta es una de las notas especiales al intentar una panorámica de la poesía sevillana. No quiere decir esto que la suavidad difumine los contornos. No. Sino que aligera a su poesía, en cualquier época, de mal gusto, de sequedad, de esquinamiento, de entonación rimbombante. La hace, si queréis, más íntima, más suave, en sumo. O lo que es lo mismo, muy capaz para ese estilo pastoril que le venía a las mil maravillas y al que admiraban estos neoclásicos

(35) En el cit. artículo sobre «Sevilla» en el «Diccionario Geográfico» de Miñano. Tomo VIII. Madrid, 1826. Pág. 268.

(36) En su «Panegirico de Joselito», en Gelves, en 1953.

finales, que saben ser verdaderamente hijos de un siglo —como quería Fitzmaurice Kelly (37)— sin perder jamás el entusiasmo, otra de las notas de esta escuela del XVIII, que preludia ya las primeras notas prerrománticas. Un entusiasmo que late y vibra en lo más hondo, por muy equilibrada, dominada, que aparezca en la forma. Así, por fuera, os parecerán fríos, sin vida, pero entrad más adentro y os sorprenderá el contraste del entusiasmo que hay en su interior. Perfectas en ese sentido, unas líneas del mismo Cossío, que ha sabido calar hasta donde lo merece en la valoración de esta pléyade sevillana, capaz de dar cantos jugosos en “tiempos de sequedad y esterilidad poética”. Elegid, por ejemplo, unas odas. Y reparad en que serán “convencionales en su forma, más llenas de auténtico entusiasmo”. Por eso, nos subyuga el drama que existe entre la frialdad externa, entre lo aparente y lo interno (38). Es, a veces, como un volcán domado.

¡Y cuánta pasión, ímpetu, gallardía, embridadas en unas formas escuetas, casi asépticas! En unos versos que por muy helados que os parezcan, tienen luz y color —la luz y el color de Sevilla— en sus entrañas. Y todo ello, sin perder jamás la dignidad —una dignidad herreriana de la mejor ley— otro de los caracteres, a mi parecer, más sintomáticos de esta Escuela. Y del sevillanismo, en general, que sabe ser digno, aun en los momentos de mayor exaltación y desequilibrio romántico.

Hora es, pues, de colocar a esta escuela del XVIII —como ha intentado Cossío— en su verdadero sitio. Con la gloria que le vaticinó Jovellanos: “y amo mucho a Sevilla, para no tomar el mayor interés en esta nueva gloria que ustedes le preparan” (39). Con razón Martín Villa afirmó que su “memoria se conservará mientras dure en Sevilla el amor a las letras y a la poesía”. Todavía, en 1857 (40), un escritor bastante desconocido los recuerda. “La pureza, el donaire, la frescura, la gracia, los arranques y el más severo españolismo campeaba en las obras de sus ilustres fundadores”. Y, después, prosigue con unas líneas, donde aún perdura —con la afectación de todo lo decadente— como un hálito de aquella lejana Arcadia: “Allí, en fin, aquella escogida falange de jóvenes estudiosos, formando sus gustos, bajo los grandes modelos de la antigüedad, suben a la alta cumbre del Pindo, para coronar sus frentes con rosas y amarantos”.

(37) En su «Hist. de la Lit. Española». Madrid, 1901. Pág. 493.

(38) «Hay indudablemente un cierto encanto en las obras de estos sevillanos, que pretenden describir en fríos tonos neoclásicos los esplendores últimos de la gran Sevilla del XVII». H. Capote, en su obra cit.

(39) En carta a Matute, del 20 de marzo de 1799.

(40) «Carta 1.ª a una señora muy amante de los escritores sevillanos». Marchena, 1856, por A. Gómez Azeves. «Rev. de C. L. y Artes», 1857.

La atracción de lo pastoril.

Quedamos en que Roldán sacaba tiempo de sus graves y serios deberes para dedicarse a la poesía, "en cuyos juegos solía descansar de sus tareas", como escribe Justino Matute, en sus *Hijos de Sevilla* (41). Hay que pensar en lo ocupado que andaba este buen y celoso sacerdote de San Andrés, con el cuidado de sus feligreses —"y solo soy mío en las horas del mediodía y de la noche..."—, anota en una carta (42)—, para apreciar esos oasis en que se dedicaba al regalo de las Musas. "Puede decirse que escribió sus poesías para entretener sus escasos momentos de ocio"—apunta Sáinz de Robles (43). Sin embargo, estos ratos libres no se le fueron vacíos nunca de las manos, y así pudo dejarnos magníficos regalos poéticos para la posteridad. Por otra parte, podía explayarse, entonces, a su gusto, porque en la Academia se dejaba —como dice muy bien Díaz Plaja— "un margen para el genio" (44). De todas maneras, Roldán al dedicarse a la poesía pastoril, no hacía otra cosa sino seguir la corriente de su tiempo. No hay nada mejor, para aclarar este punto, que mirar hacia dónde se dirigían las aficiones de los académicos. Reinoso precisa la dedicación constante a "Garcilaso, en el estilo de Teócrito, de León en el Horacio y de Villegas en el de Anacreonte". Aunque, naturalmente, a Herrera habrá que considerarlo aparte, como maestro y padre de la poesía. "Nuestro lenguaje poético está reducido al que nos legó Herrera"—insiste Lista. Esta maestría de Herrera se centra en su dignidad, en la elevación de su canto, en la tonalidad colorística y sonora. A su vez, les hechiza la lira de Rioja, la suavidad sublime de fray Luis. Y les aterra lo barroco, el "atrevido" Góngora a la cabeza, de cuyas gracias seductoras hay que huir como si fueran "sierpes", así como evitar el deslumbramiento de Lope, su facilidad increíble que le lleva, en ocasiones, a dar "entre mil guijarros un diamante". Pero los manantiales más antiguos para alumbrar este río pastoril neoclásico se hallan en Virgilio, Teócrito, Horacio, Petrarca, Delille, Tasso, Guaríní... Y nuestro Garcilaso

"Habrás adelantado, si los versos
del tierno Garcilaso se deslizan
a tu pecho halagüeño cual las ondas
de pura y mansa fuente entre las flores.."

escribe Lista en una famosa Epístola a Fernando Rivas (45).

(41) En el Tomo II. Pág. 340. Sevilla, 1887.

(42) Del 27 de junio de 1818.

(43) En su *«Ensayo de un Diccionario de Literaturas»*. T. II. Aguilar, 1953. Pág. 966.

(44) *«Curso General de Literatura»*. 1941. Pág. 323.

(45) B. A. E. LXVII. Pág. 297.

Hay, por tanto, un fondo clásico y renacentista, alimentado, más tarde, por el innumerable caudal de las infinitas novelas y comedias pastoriles españolas, cuyo estudio total esperamos, con verdadera ansiedad, de la competencia de nuestro ilustre catedrático López Estrada. Porque no podéis daros idea del inmenso auge que tuvo esta corriente en nuestra Edad de Oro. El gusto de las gentes se volcaba hacia ese mundo de los pastores, de una forma irresistible. Se sentían atraídos, imantados con los encantos de Dianas y Filidas. Esto explica cómo muy pocos escritores de aquella época dejaron de componer su novela o su comedia pastoril de turno.

En realidad, el considerar el torrente arrollador de poesía que brota de la naturaleza es algo tan antiguo como el hombre y común a todos ellos. Tito Lucrecio Caro lo expresaba así, en su "De rerum natura": "Mucho antes de que los hombres supieran con armonioso acento entonar versos agradables para el oído, habían intentado imitar con su voz el gorjeo de los pájaros, el céfiro que al introducirse en el hueco de las cañas silba..."

Lo que ocurre es que, después, en determinados momentos y sitios, sale incontenible hacia fuera. Así en Italia y España en el XVI y XVII. Estudiar y esclarecer las razones por las cuales en España se encarnó de tal modo lo pastoril y se sostuvo a lo largo de bastante tiempo, sería materia larga y ajena a los fines de este trabajo. Más sí podemos decir que se acogió con entusiasmo sin límites. Al mismo Cervantes, que borda en "La Galatea" una gran novela pastoril, se le hace la pluma agua al hablar en el prólogo de su Quijote (46) de "el sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes..." Más tarde en el espulgo de la biblioteca del caballero andante, "desfacedor de entuertos", al darse de cara con la "Dina" de Montemayor, el cura aclara que son libros los pastoriles que no hacen daño: "son libros de entendimiento, sin perjuicio de tercero..." Quizá, ese carácter diríamos "inofensivo" en apariencia, y al par, la contemplación y admiración que todo español encierra para el paisaje, su sentido entrañable del campo, fueran motivos sobrados para considerar muy suyo lo pastoril y la bucólica. Por si fuera poco, y aun cuando en la mayoría de los casos, sean frutos de elaboración, no pierden jamás su distintivo de espontaneidad. "La poesía pastoril en España ha sido tan espontánea como la heroica, porque habiendo vivido siglos la mayor parte de los

(46) Edición de «La Lecturas», Tomo I, 1911, con notas de R. Marín. Vid. también tomo IV, Pág. 302 y sig. Tomo VI, Pág. y sig. y tomo VIII, Pág. 224 y sig y Pág. 320.

españoles o en el campo o en los campamentos, escogía sus personajes el poeta ya entre zagales, ya entre guerreros..." Son palabras de un francés, de don Antonio de Latour, en su discurso de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (47). Y otro personaje de aquel tiempo, don Manuel Cañete, en otro discurso, en el de recepción en la R. A. Española, añade: "Jamás será poeta el hombre que no sienta animarse la naturaleza a los latidos de su pecho, que no halle conceptos de una elocuencia infinita en el susurro de las hojas, en el murmurio de las fuentes, en el cantar de las aves..."

La opinión de Lista.

Muy interesante en este punto, uno de los ensayos de don Alberto Lista: "De la poesía pastoral" (48). Para don Alberto—y su opinión es trascendental para la comprensión de lo pastoril en estos neoclásicos últimos— la aparición de la bucólica coincide con los momentos de "mayor opulencia y engrandecimiento" de las naciones. Y esto tiene su razón de ser, y don Alberto, ingeniosa y filantrópicamente, se lo saca de la manga —porque, entonces, como el esplendor coincide con la corrupción, se pierde de vista a la naturaleza y se adopta "un modo ficticio de vivir". Es como si dijéramos que el hombre se vuelve de espaldas al campo, al paisaje, y lo aleja de sí. Condición "sine qua non" para que la existencia campestre deje de ser prosaica, se idealice, se convierta en un mundo ideal, y entre así por la puerta grande en el dominio de la poesía.

Como véis, la disquisición merece la pena. Pero hay más: Lista —muy de su época— tratará de pintarnos la utilidad de lo pastoril. Esta poesía es "útil" porque sin perder los bienes de la civilización, nos halaga con la pintura agradable de otro estado de cosas más conforme a los estados primitivos. De ahí, el buen efecto moral "al destemplan nuestras pasiones". Reglas para conseguirla es combinar la sencillez de los sentimientos primitivos, el ingenio natural y la elegancia de la expresión.

Todo ello nos pone, pues, en la pista de esa nueva tendencia de lo pastoral sobre la que Roldán va a edificar su "Danilo". Sugestivo tema, muy bellamente visto por Díaz Plaja. En primer lugar — y como el citado profesor aclara en uno de sus li-

(47) Podréis verlo en la «Revista de Ciencias, Literatura y Artes». Sevilla. Tomo IV. Pág. 655.

(48) Se incluye en sus «Ensayos Literarios y Críticos». Tomo II. Pág. 32.

bro (49)—aparece lo que él llama el “paisaje impasible”, propio del Renacimiento, del neoclasicismo y del naturalismo. O sea, la presencia de “un paisaje literario independiente” del poeta o del protagonista. Sobre ese telón de fondo, el pastor del Renacimiento tiene muy poco del hombre natural. Se expresa artificiosamente, elegantemente. Pero a fines del XVIII —y a eso vamos— en el clima en que Roldán se enfrentara con su “Danilo”, ocurre lo que Díaz Plaja ha nombrado como “la transformación de lo pastoral” (50), característico de la descomposición del neoclasicismo, y cuyos primeros vestigios en España se rastrean en un Forner o en un Meléndez. Son de notar una acentuación de la “realidad campestre”, una mayor sinceridad expresiva y un comienzo del análisis psicológico, del “soliloquio del hombre con la soledad”. Estamos —no hay que olvidarlo— en el embrión del romanticismo, cuya gestación es más despaciosa de lo que nos suponemos. Porque lo romántico no es una explosión y tiene— como todo en este mundo— una preparación muy lenta. Es, pues, en esa descomposición neoclásica donde advienen los síntomas iniciales del desequilibrio posterior. Por lo pronto, nos encontramos con el mito del hombre natural, libre de las trabas de la civilización, “rousseauiano”. Al par, y esto es importante, al hombre racional lo sustituye el “hombre sensible” —término de Díaz Plaja— y cotizase la emoción por encima de la razón y el sentimiento ha de colocarse en primera línea. (No hay más que leer los títulos de algunos ensayos de Lista para darnos cuenta de la intensidad de este nuevo valor: “De los sentimientos humanos”, “De los sentimientos de la belleza”, etc.)

Esto es, generalizando y a grandes rasgos —como la brevedad de nuestro ensayo exige— el ambiente que comienzan a respirar estos académicos sevillanos que escriben églogas y dramas pastoriles.

Meléndez Valdés y la Academia.

¿Y quiénes son, en este ambiente de la Academia de Letras Humanas, los que iban a influenciar sobremanera a sus amigos? En primer lugar, aquí tenemos a Forner, al que llamaban sus discípulos Nosferio, y cuyo influjo —en opinión de F. Lázaro— “no está definitivamente valorado” (51). Forner es un ferviente

(49) En su «Introducción al estudio del romanticismo español: Segunda edición. E. Calpe, 1942. Pág. 112 y sig.

(50) Vid. su «Poesía lírica española». Labor, 1937. Pág. 258 y sig.

(51) En la «Hist. General de las Literaturas Hispánicas». Tomo IV. Siglos XVIII y XIX. Edit. Barna, 1956. Pág. 71.

de la poesía bucólica y de Garcilaso. Suyas son estas líneas: "porque no sé de cierto si en algunas de ellas (de las otras lenguas) hay tanta disposición como en la nuestra para tratar con elegancia el estilo pastoril y campestre..." (52). Forner es autor de "La felicidad humana", una felicidad basada en las excelencias de la vida campesina. Y Forner los lleva al conocimiento de la Escuela de Salamanca, con su Jovellanos, fray Diego, Meléndez. En especial, este último. Meléndez Valdés, en un neoclásico "arquetípico", como se le ha llamado; pero esto no obsta para que sea capaz de vislumbrar la nueva corriente que se avecina. Poeta, pues, de "atardecer y de aurora" —como muy finamente lo bautizó Díaz Plaja— pinta una "naturaleza de panneau". Poesía amable, tranquila, sin complicaciones, con un paisaje delicioso y fastuoso de música y de color, pero tejido de nostalgia y de recuerdo, sin contacto directo, ni visión primaria. Poesía de evasión y que como decía Alcalá Galiano "olía a ciudad". No en balde Meléndez —y es un dato de Somoza que recoge Melchor Fernández Almagro (53)— escribía en una callecita de Salamanca, la de Sordolodo, rodeado de vecinos herreros que golpeaban los yunques con sus mazos. Sin embargo, su dulzura, su sentimentalismo lo acercan ya al XIX.

Roldán conocía la obra de Meléndez, a quien admiraba, como sus restantes compañeros (54). Su égloga "Batilo" —premiada en el concurso académico de 1780— sobre la alabanza de la vida en el campo, le sorprendió por su belleza y su ternura. La Academia de Letras Humanas le hizo conocer el fallo sobre "La Inocencia Perdida", y le dirige una carta, firmada por Lista (55), por conducto de don José Reyollo, catedrático de Matemáticas del Real Colegio de San Telmo, enviándole la colección de sus poesías, y donde se revela el entusiasmo y el respeto que todos tenían por Meléndez. "Tiene el honor de presentar a V. S. la colección de sus obrecillas poéticas, segura que si llegan a conseguir su aprobación, han logrado sin duda la aprobación de la nación entera..." "V. S. sólo, aplaudido de todos los hombres literatos" "ha arrebatado tras sí a los amantes de la belleza..." Meléndez Valdés no contestó a esa carta.

Gessner y la melancolía.

Pero con el que hay que contar, sobremanera, es con Gess-

(52) «Exequias». B. A. E. LXIII. Pág. 415, cit. por Díaz Plaja.

(53) «M. Valdés, clásico y romántico», en «Clavileño», 27 mayo y junio 1954.

(54) Lista, en su anterior ensayo, le achacaba, sin embargo, la imitación a Teócrito, un poco grosero en algunos pasajes.

(55) En 29 de noviembre de 1797.

ner, porque de su mano vamos a ir al concepto idílico de la naturaleza. Gessner, como Haller y Karl José, son suizos, y los tres provocan lo que José María Pemán ha llamado con frase feliz la "helvetización de Europa" en el XVIII (56). En Suiza —recordaba Pemán— "la naturaleza tiene más importancia que los hombres". De ahí, que allí naciera junto con el enamoramiento de esa naturaleza, una distinta manera de comportarse ante la misma. Esta es la novedad de Gessner: la de fundir el alma del personaje con ella, la de considerarla una proyección de su espíritu. Los pastores ya no divagan sin ton ni son, sino que aprovechan la fusión que han efectuado con la naturaleza, para infiltrarle su estado de ánimo.

Es indudable la influencia que ejerció Gessner. En España, donde Díaz Plaja rastreó las primeras apariciones de sus obras, en 1795 se publica "La muerte de Abel". Un año más tarde, Gessner es ya un autor conocido. El "Diario de Madrid" anuncia dos de sus traducciones. En 1797, en el "Diario de Barcelona" se lee: "¡Oh Gessner!, tú cantas las arboledas, los verdes prados y los arroyuelos cristalinos; pero los pastores dan en ellos lecciones de amor, de piedad y de beneficencia".

En Sevilla, los académicos de Letras Humanas lo conocieron y admiraron en los últimos años del XVIII. Lista declara que abrió una "mina inagotable de riqueza", consagrandole "la musa bucólica a la descripción de la virtud". En 1799, Blanco White presenta a la Academia la versión libre de su "Canción a la alborada". Y en la misma sesión —20 de octubre— de aquel año, en la cual Roldán da a conocer su "Damián", Blanco lee otra versión de uno de los "Idilios" de Gessner.

Esto indica que tanto Roldán, como sus amigos, se sintieron atraídos por él. Les subyugaba "su utilidad". Sus "Idilios" pastoriles ya no eran meras distracciones para pasar el rato, sino que también a través de lo pastoril podrían —a imitación de Gessner— dar lecciones de virtud y buenas costumbres. Ese concepto de lo "útil" presidía todos los restantes y llenaba de sana intención la dedicación a lo que llamó Miñano "la amena literatura". Y esto se ve hasta cuando comentaban a los clásicos, porque se imponían como el deber de extraerle lo que podría ser "útil". Buena prueba de ello el trabajo de Núñez: "Discurso sobre el método de estudiar a Virgilio con utilidad" (57).

Por eso no hay que tomar muy a la ligera el camino poético que escogieron, llevados por la moda de su tiempo, porque, por

(56) «Otra vez Ginebras». Artículo en «A B C», 4-6-1959.

(57) Presentado en la Academia el 8 de octubre de 1797.

debajo, había un claro sentido de imponer un carácter de virtuosismo, por mucha frivolidad que presentasen, a primera vista, aquellos pastores aquejados de amor. No eran, pues, sólo "clérigos tocados de enciclopedia, arcades dedicados a la poesía erótica" (58), sino que ellos creían que les era factible infundir consejos patriarcales de sencillez y sentimientos cristianos al dedicarse a escribir églogas o idilios rezumantes de melancolía.

Es así cómo entenderemos de lleno la intención de Roldán con su "Danilo". En él veréis cómo se habla de la virtud y las costumbres sencillas y de los peligros de la corrupción y las deformaciones de los sentimientos puros. Roldán se siente un admirador de Gessner y su manera de dar "lecciones" en los monólogos de los pastores, a solas consigo mismo, abierta el alma apenada a la naturaleza.

Pero esta soledad trae consigo también la melancolía. Hay que pensar en la melancolía con un factor predominante en estos preludios prerománticos. La tristeza los envuelve muy a menudo, y cuando se sienten solos, se les escapa por todos los poros. En verdad, era el ambiente. Europa, en la segunda mitad del XVIII, padece un grave ataque de melancolía. Y España, naturalmente, aparece melancólica, cuando la vislumbren estos hombres que contagian con su tristeza al paisaje. Alfieri, en su viaje por nuestro país —1769-1771— confiesa que de París a Barcelona "no hacía sino llorar, sólo en mi coche, o bien a caballo" (59). Otro viajero, Longfellow, llega a escribir —todavía en vida de Roldán— como "hasta los días de fiesta españoles tienen un sello de tristeza" (60).

Esta melancolía reina por doquier. En Sevilla —a pesar de su perenne alegría— toma también carácter de naturaleza. Uno de los síntomas, por ejemplo, la gran preocupación científica o literaria que hay sobre ella. No hay más que repasar los títulos de los trabajos presentados en la R. Academia de Medicina, a principios del XIX (61). Veréis cómo Serafín Adame de Vargas escribe sobre "la afección melancólica" (30 de abril de 1806) y de "El influjo de las estaciones del año en la enfermedad llamada melancolía y de la oportunidad de su curación" (15 de enero de 1807). O aquel otro de Juan Bautista Bueno: "De la melancolía, que lleva al hombre hasta el suicidio, manifestando varias

(58) Vid., la crítica de A. Tovar, en «Clavileño», 11 sep., oct. 1951., a la obra de Hans Juretschke sobre Lista.

(59) En la «Vita Vittorio Alfieri scritta da esso». Edición de M. Sansoni. Bari, 1943.

(60) H. M. Longfellow pasó ocho meses en España en 1827. Vid. «Outremer». Página 221 y sig.

(61) La cita de bastantes trabajos se encuentra en la «Vida y obras de don José María Blanco y Crespo», por Méndez Bejarano, 1910. Pág. 229.

observaciones prácticas para su curación" (15 de enero de 1815). Sugestivo tema este de la melancolía en Sevilla, con buenísimo material para emprenderlo.

Roldán, en el fondo, como Jovellanos y tantos otros, era un melancólico de marca mayor. Le encantaba la soledad, la vida retraída. "Yo nada espero, ni mi carácter demasiado gótico..." "Yo vivo aquí tan retirado como en esa..." Son detalles que extraemos de una de sus cartas a Rivero (62). De "carácter abstraído y melancólico"—lo juzga Fernández Espino.

Esta propensión a la melancolía, que flotaba en el aire, lo predispuso hacia Gessner, cuyos "pastores no discretean entre las frondas del bosque con enamoradas zagalas", sino "vagan sin compañía, aquejados de graves melancolías" (63). Y si a Gessner, cuya influencia en España alcanza hasta muy entrado el XIX (en 1851, por ejemplo, hay una égloga de Gaspar Bono Serrano, "La Virtud en el Campo"—imitación de Gessner, publicada en la Revista de Ciencias, Literatura y Artes de Sevilla), le unimos a Ossian, cuyos poemas se conocían desde 1788 (64), tendremos la carga lírica suficiente con que contó Roldán para tomar la pluma y comenzar su "Danilo", drama pastoral.

La amistad, la ternura, el sentimentalismo.

Sobre un fondo, pues, de naturaleza libre, que ha desbancado al ordenado y recortado paisaje renacentista, van a moverse estos pastores de Roldán. Y, enseguida, resaltarán en ellos un concepto primario de amistad tierna, que es tan sólo la transposición lírica de la amistad efectiva que existe entre su creador y sus amigos. Porque estos hombres son, de entrada, unos nostálgicos tremendos de cuanto roce con la vida pastoril y juegan en su vida y en sus reuniones a vivir una especie de Arcadia soñada. Esto explica los nombres de pastores con que se confirman literariamente. La costumbre es añeja y alcanza profusión en la llamada escuela salmantina. Así, vemos a Batilo (Meléndez), Jovino (Jovellanos), Norferio (Forner), Liceno (fray Juan Fernández), Delio (fray Diego González)... Y en Sevilla a Albino (Blanco), Fileno (Reinoso), Anfriso (Lista), Danilo (Roldán), etc.

Pero lo interesante es el alto grado de esa amistad. Se antepone —como ya vimos— a todo lo restante. Formaba "un

(62) Del 27 de junio de 1818.

(63) Elena Catena. «Ossian en España». «Cuadernos de Literaturas», 1948.

(64) Con esta fecha se publica la traducción del *Ledo*. Alonso Ortiz, abogado de la Audiencia de Valladolid.

vínculo que sólo romperá la muerte”, como afirmaba Lista en 1838 al referirse a los miembros de la Academia sevillana. “Jamás dejaron de amarse con aquella cordialidad y franqueza que nada oculta al amigo”, anota Martín Villa.

Es más, informa como tema una buena parte de las composiciones poéticas. Se canta a la amistad. Y se procura —y así irá a hacerlo Roldán en su “Danilo”— que ésta brille con luz propia. Se trata de ensalzarla sobre las diferencias y asperezas humanas. “El tema de la amistad, como un sentimiento noble e intenso, es un tema de moda en toda la poesía del siglo XVIII”, escribe José Luis Cano, en un precioso ensayo (65), de donde extraemos también estas líneas: “La anacróntica, la fábula pastoril recrean para el lector del siglo XVIII los tiernos lazos de pastores que confunden sus lágrimas en un mismo sentimiento de pena y soledad amorosa, de amor a la naturaleza, de desengaño ante los rigores o el desprecio de una bella pastora”.

Esta veneración a la “santa amistad” —tal la llama Lista— es intensa en Cienfuegos, quien la hereda de Meléndez y Cadalso. Y es firmísima y, al par, llena de ternura y sensibilidad entre los sevillanos de la Academia. Insistimos en las notas de ternura, en ocasiones tan exagerada, que los hace llegar a lo banal y risible. Cuando se llaman lo hacen entre admiradores y con el posesivo por delante. “¡Oh, mi Silvio!”

Escogemos, como simple muestra, una epístola del “tiernísimo y sensible Fileno” (Reinoso) dirigida a Albino Blanco (60):

“Blanco, dulce Albino, vuelve ¡oh caro!
Vuelve a mis brazos, a tu amigo vuelve,
Y de amistad el culto renovemos”.

Son los días en que el calificativo de “tierno” cobra un esplendor y un matiz inigualados. “Mi tierno amigo”, el “tierno Aminta” (Forner). Se repite el vocablo, porque el ambiente destila ternura emocional. Y lagrimeante. El llorar está también a la orden del día y se llora a raudales por los versos.

“¡Ay! lloradle conmigo,
lloradle vos que le debéis la vida” —gime Reinoso en una Oda, lamentando la muerte de Sotelo. “Llora, mi Albino: que a la tumba oscura—a Norferio ha llevado” (67) se lee en una “Elegía”.

(65) «Cienfuegos y la amistad» en «Clavileño», núm. 34, julio-agosto, 1955.

(66) Con esos calificativos se llama a Reinoso, en una nota. Pág. 41, de «Sevilla en 1808», por don M. Gómez Imaz. Sevilla, 1908.

(67) En su «Elegía a Albino, en la muerte de D. Juan Pablo Forner», 1797.

“Gemidos, lloro;
lloro desolador...” —clama Lista cuando se le muere a Silvio
su hija. Y oíd a Blanco:

“Lloras Fileno, y baña el llanto ardiente
Tu rostro al despuntar la nueva aurora”.

De ahí que estos pastores lloren a su vez por las infidelidades y amarguras de la vida, entre los límites idílicos de un valle.

La égloga y el drama pastoral.

Roldán vivía así en pleno ambiente para trazar su “Danilo”. No era, por otra parte, su primera salida hacia lo pastoril. En el Catálogo de los trabajos leídos por sus autores en la Academia (68), en el año 1794, figura una égloga de Roldán, censurada por Reinoso. También en ese mismo año presenta una disertación “sobre el mérito de don Esteban Manuel de Villegas, en sus Eróticas o poesías amatorias”, para dilucidar “si la fama de este autor sea fama de tradición... fama no fundada en su mérito verdadero, sino en la decisión de alguno que ha querido y sabido fascinar los ojos del vulgo de los autores”. Con posterioridad, Roldán se complace en hablarles de las bellezas de “El hombre feliz”, del P. Almeyda, “comunicando —en expresión de Reinoso— a sus compañeros algunos conocimientos poéticos que había adquirido”.

Pero no es sólo Roldán quien escribe églogas en la Academia. Las hace Reinoso, Blanco... En 1796, éste lee —en la sesión del 24 de junio— su “Corila”. En verdad, todos vivían unos momentos de exaltación pastoral. No había nada mejor para sus gustos y su sensibilidad. ¿Y no cumplían, además, al dedicarse a lo pastoril, con una tradición profundamente clásica y española? Lista lo declara en unas líneas convincentes: “El padre de nuestro Parnaso fué un poeta casi exclusivamente pastoril. ¿Qué le falta a este género para ser eminentemente poético? ¿No pertenece a un mundo ideal, a la edad de oro? ¿No se combina en él la descripción de las pasiones humanas en una situación posible, cual es la tranquila vida del campo y el cuadro de las escenas y objetos más bellos de la naturaleza? ¿No refresca y fecunda nuestra imaginación apartándola, aun cuando sólo sea por un momento, del prosaismo social, que es el cáncer del presente siglo?”

(68) En el cit. *Archivo Hispalense*, 1886. Tomo II. Pág. 170.

Y por si fuera poco ¿no tenía Roldán, siguiendo el ejemplo de Gessner, la posibilidad de alabar la virtud y las buenas costumbres? ¿Y no era esto uno de sus deberes? ¿Qué importaba que disfrazara la intención con el disfraz de unos pastores, en una feliz Arcadia? ¿Es que no era una manera también de ensalzar al Criador, cantar las bellezas de su obra, el esplendor celeste de los amaneceres o el murmullo tenue de las fuentes naciendo por los prados?

“La Naturaleza publica sin cesar las alabanzas al Criador y no hay nada más religioso que sus cantos con los vientos”—había escrito ese genio que fué Chateaubriand.

Más, ahora, volvamos al rigor de la poética. ¿Qué es en sí una égloga? ¿Dónde encontrar la pauta, la medida, la definición justa? Es posible que Roldán conociera la “Poética”, de Luzán. La primera edición es de 1789 (69). Y allí encontraremos en buenos y correctos términos —muy del XVIII— lo que para Luzán es una égloga: “La materia y asunto de esta especie de poesía son las costumbres de los pastores, sus amores, sus contiendas, su ganado y su vida feliz, libre de ambición y de fausto. El estilo ha de ser fácil, natural, tierno y suave”. “De suerte que son impropios en una égloga los conceptos muy agudos, los colores retóricos muy subidos, y todo lo que manifiesta mucho artificio”. Finalmente, Luzán recomienda que se “procure seguir, pero no servilmente, las huellas de los que escribieron”.

Estos consejos los seguirá Roldán —y, en general, sus amigos en la Academia— al pie de la letra. No olvidemos que se trata de unos hombres que conocen muy a fondo lo que se traen entre manos. Precisamente, si pecan es por eso. Por demasía de lectura. De ahí que, en ocasiones, padezca su poesía de imitación, de falta de espontaneidad. “Más sabios todos ellos que poetas”—comentaba Valera (70). “Piensan más que sienten” (L. A. Cueto). Bebían “jugó de doctrinas”—como decía Menéndez y Pelayo— antes de ponerse a escribir. De todos modos, en sus églogas conseguían casi a la perfección el estilo “tierno y suave” de Luzán. Y que sonase “cual el canto del ave”. Esta es una imagen de Martínez de la Rosa, en su “Poética” en verso, editada un año antes de morir nuestro Roldán (71). Para Martínez de la Rosa, la égloga

(69) En Madrid. Imp. de D. A. de Sánchez.

(70) «Poesía lírica y épica del siglo XIX». O. C. Aguilar. Tomo II. Pág. 1.192.

(71) En «Obras literarias de Don F. M. de la Rosa». Tomo I. Canto IV. París. Didot, 1827. Pág. 40 y sig.

“No conoce más ansias ni más duelos
Que el desdén y los zelos,
Otro bien sino el huerto y el ganado,
Ni más reinos y mares
Que el monte y río, la laguna y prado”.

Cumpliendo así con un aprendizaje de églogas, Roldán en su “Danilo” intenta el “drama pastoral”. ¿Y qué es el “drama pastoral”? Volvamos a Luzán. En Italia existían las Pastorales o Fábulas Campestres (*Favole boscherese*) y los dramas “donde se introducen solamente pastores y pastorcillas, imitando alguna escena entera en estilo natural y afectuoso, para deleitar con la pintura de los objetos más agradables y amenos del campo, y de los afectos más tiernos de los pastores, inspirando al mismo tiempo amor a las costumbres inocentes y sencillas de aquella gente feliz, que contenta en su retiro, ignora aún los nombres de la ambición y de la codicia”. A continuación, Luzán da algunos nombres de obras italianas: la *Aminta* de Tasso, el *Pastor Filido* de Guarino y la *Filli de Sciro del Conde Bonalli*. Y añade: “En España ignoro se haya hecho más que traducir algunos de estos dramas”.

Roldán quiere intentarlo, originalmente, y sigue, en este punto, en especial, la *Aminta*. Tasso era muy conocido y admirado en la Academia. Sobre él se presentan algunos trabajos. Por ejemplo, en 1798, Arjona le dedica una larga carta comparándolo con Virgilio.

Otras reglas que seguirá Roldán —y, luego, leemos en las “anotaciones” de Martínez de la Rosa— han de ser la sencillez, el procurar no utilizar palabras rastreras y pensamientos alambicados, darle colorido y frescura a la pintura del campo, evitando la monotonía, y no detenerse en las circunstancias prolifas. Los pastores no deben ser toscos —defecto de Balbuena, por imitar a Teócrito— “cual suelen serlo, sino cual nos lo finge nuestra imaginación”. Esta falta de realidad en los tipos humanos es consustancial con lo pastoril.

“¿Quién te hizo filósofo elocuente —siendo pastor de ovejas y de cabras?”— preguntaba Garcilaso. Pero es que estos pastores, en la mayoría de los casos, sólo viven en la “imaginación”. Son como el poeta soñó que fueran, no tal como son en la realidad. Visten y viven como pastores, y nada más, porque hablan, piensan y reaccionan como perfecto cortesanos. Lo pastoril se reduce al hábito, de que habló Cervantes: “que muchos de los disfrazados pastores della, lo eran sólo en el hábito” (72). Y en otra

(72) En el prólogo de *«La Galatea»*.

ocasión recuerda que iban "tan bien vestidos", aunque pastorilmente, que más parecían en su talle y apostura bizarros cortesanos que serranos ganaderos". Lo esencial en ellos es que debajo de las ropas tengan "el pecho blando y amoroso"—al que se hace referencia en la *Diana de Montemayor* (73).

En resumen, Roldán con todo su bagaje literario, emprenderá en el "Danilo" la eterna historia del pastor pobre rechazado por el padre rico de la pastora. Intervienen los amigos y, por último, se arregla todo. Y Arcadio exclama:

¡Oh! qué dulzura
Es aliviar los congojosos males
De los tristes amantes desvalidos.
Sed felices zagales..."

Buen final, indudablemente, para un drama pastoral.

Los pastores virtuosos.

Intentemos, ahora, una sucinta visión crítica del "Danilo", el "poema" perdido, según Cejador (74). En primer término, y antes de repasar sus quince escenas a través de las cuales se desarrolla una leve acción teatral, detengamos la mirada en los nombres de los protagonistas. Son Melisa, Rosana, Belardo, Arcadio, Fileno, Amintas y Danilo, el pastor enamorado, que da título a la obra, y es a la vez el sobrenombre poético de Roldán en la feliz Arcadia de la Academia, como Fileno lo era el de Reinoso. Por otra parte, el escoger el nombre de Amintas podía ser un tributo a Tasso—tan admirado por estos sevillanos—autor de un inolvidable drama pastoril, escrito con ese título en 1573. No olvidemos tampoco aquellos versos de Reinoso, en una silva en loor de los ilustres poetas sevillanos, fechada en 1796:

"Tras él Amintas viene, el tierno Amintas,
Y en mirto coronado
El gracioso zagal, en tu llanura
Sobre la verde hierba no pisada,
A los pastores cuenta reclinado
Su trabajoso amor y su ventura".

(73) «La bucólica renacentista llevó siempre un lastre de sentimentalismo amoroso». Pedro Salinas en «M. Valdés». Clas. Castellanos. «La Lectura», 1925.

(74) «Perdióse el poema Danilo», encomiado por sus compañeros de escuela... J. Cejador. «Hist. de la Lengua y Lit. castellana». Madrid, 1917. Tomo IV. Pág. 274.

De todas formas, no existía la originalidad en los temas y en los personajes pastoriles que manejaban estos neoclásicos sevillanos. Para el duque de Rivas no había más que diez escenas bucólicas posibles calcadas de las diez églogas de Virgilio. Suyas son estas líneas del discurso de recepción en la Real Academia Española: "Las imágenes, los pensamientos y hasta los nombres propios podrían estar tomados de Teócrito o de Virgilio; pero generalmente hablando, los bosques y praderas, en manos de estos nuevos poetas pastores, no olían a cantueso ni a tomillo" (75).

Pero en quien hay que insistir, de nuevo, al leer el "Danilo", es en Gessner. Su influencia trasmina por doquier. En los "Idilios" —1797— aparece Rosana, Fileno, Amintas. Se habla de los Dioses y de Pan, al que se le tributan sacrificios, mientras tañen las flautas de los pastores. El ambiente es el mismo. Asoma la "cabaña" y la alquería, y aun la "choza", en gráfica expresión del traductor, igual que en Roldán, andaluzamente, la "chosita". Allí se mueven los céfiros: —"más soplando—el céfiro travieso, iba jugando—con el cabello undoso" (Gessner) "el céfiro suave ya nevada—ondea mi antes rubia cabellera" (Roldán)—y los vientos favonios y se oyen los gorjeos de los pájaros— "canta pájaro bello—diviértela con trinos—y agradables gorjeos", "Gorjeán las alondras o calandrias—Naturaleza toda resucita" (Gessner)—como se oye trinar a los jilgueros y a los canoros ruiseñores en el "Danilo": "Amor gorjea—el pardo ruiseñor en la enramada". Las expresiones de afecto son semejantes, a base de admiraciones sin cuenta: ¡Zagala de mi vida! Los dos creen en el amor puro como una felicidad inexplicable y, en ocasiones, emplean hasta parecidos resortes técnicos. Gessner, al describir la muerte de Mirta, escribe: "Doce veces bordó la primavera". Roldán para darnos a entender la edad de Amintas, comienza así: "Setenta veces de la madre Flora"...

Sin embargo, lo interesante —aparte de que el aire que respiran es el mismo, en estos helénicos efluvios pastoriles— es la valoración de la virtud, como ya vimos. En este aspecto, la "transformación de la pastoral" juega sus cartas en los postres años del XVIII. En Gessner, por ejemplo, se lee: "La vuelta de la primavera me alegra; pero las acciones de los hombres virtuosos me encantan mucho más". Y en Roldán, en su "Danilo", la virtud y el concepto de lo virtuoso presidirá y ensalzará todo lo restante. Es como su "leiv motiv" esencial. Lo que eleva

(75) «Real Acad. Española». Discurso de recepción de 1817 a 1863. Pág. 463.

y fundamenta la vida de sus pastores. "La virtud siempre mi anhelo". "Tu virtud —los Dioses de abundosos— bienes ha premiado" (76). "Dioses a vos agrada la virtud". Los ejemplos se repiten. En la escena segunda, Amintas dice de Danilo: "La virtud santa en su amoso rostro está riendo". De la misma forma, el amor sólo se concibe "virtuoso". Pero este concepto del amor en el "Danilo", bien merece que se trate con un poco más detenimiento.

El "más honesto amor".

De entrada, en la primera escena, se abre en el drama pastoral de Roldán un pasaje interesantísimo. Consiste en la comparación que hace Danilo entre su felicidad anterior, cuando amaba y era amado por la "divinal Melisa", y su momento de ahora, en trance de perderla para siempre, por la negativa de Belardo, su padre, y su proyecto de hacerla esposa de Fileno, el pastor rico. La tristeza, por ello, de Danilo es infinita. Y esta misma tristeza empaña de melancolía el valle edénico en que vive, que sin su amada carece de encantos. Para Danilo, en diálogo con Amintas

"a un desdichado
El más bello lugar es más odioso".

En balde, Amintas resaltaré sus delicias. No hay para el amor mejor remedio "que la vida del campo delectoso". Pero ni el valle, ni la fontana, ni el amanecer, ni el andar con los ganados poseen ya atractivos para Danilo. "¡Triste! ¿para qué quiero—Gozar ya más del sol y su luz bella?" Ante la sospecha de perder a Melisa, el idílico paisaje se le derumba por completo.

"¿Pero qué ventura

Podré tener, viviendo sin mi amada?"—se pregunta Danilo, que vaga un poco como alma en pena, por donde antes andaba como un dios joven, pletórico de felicidad.

De ahí su tristeza llorosa, su sensación de soledad, tal como corresponde a un ambiente prerromántico:

"Yo iré ¡triste de mí! do en lloro eterno
Acabar pueda la doliente vida".

(76) «Pues los númenes santos ...si ven un beneficio... No dexan de premiarlo». «Amyntas» —de S. Gessner— «Idilios», 1797.

Y más tarde, en la escena novena, lo repite ante la misma Melisa:

“Yo iré a morir, en otras tierras;
en soledad continua...”

Melisa —en la escena octava— asegura preferir la muerte a un lazo odioso. Es el amor en desgracia que ha invadido a ambos. Amintas se conduce de Danilo: “¡Mísero joven!” —exclama—. Y esto lleva a Amintas a realizar una disquisición sobre el amor, que como “un niño tierno” en sus comienzos, llega a crecer con el ocio “su llama”, igual que con el “soplo fresco del favonio— la cespío yerbecilla”, hasta llegar a ser como el “euro-ardiente” que todo lo daña y lo quema.

Las imágenes —como véis— son extraídas de la propia naturaleza.

“Amor que al pecho tierno
daña de un joven más que
el fruto de la silvestre higuera”.

Pero esa sensación ardiente, “de hirviente llama” apasionada, llega a su punto final con una imagen feliz que, de pronto, hace brillar Roldán; “contra los tiros llameantes del amor”. Es la consecuencia última de un proceso encendido y me parece que merece la pena. Tiene fuerza, color y expresividad, y credencial de sevillanía en suma.

A veces, se agudiza también —junto a la llama— la flecha amorosa. No podría ser de otro modo. Siempre que se habla de amor, vibra la flecha.

“¡Cuán hondas de amor hieren las flechas!” —se lee en boca de Arcadio. Son las postreras flechas neoclásicas que, como apunta José Luis Cano (77), llegan desacreditadas al romanticismo. “Pesán demasiado”. Los románticos eligen el puñal y el cuchillo. Sólo Valera —clásico siempre— sigue con la flecha adelante.

Más volvamos a nuestro proceso amoroso. En la escena tercera, Amintas habla con Arcadio. Y éste le hace ver cómo el amor no es una enfermedad, que vuelve míseros y hiera a los mortales. “Que amor el pecho hiere—y amor la dulce calma torna al pecho”. Si acaso lo será el amor impetuoso, manchado por los placeres terrenales. Por el contrario, semeja un “don del cielo”. Amintas se extraña: ¿don del cielo el que torna en tormento el reposo? “¿Tú no viste—Las ansias y congojas funerales—De un amante infeliz?” (Y ojo con lo de las “congojas fune-

(77) En «Armas y heridas de amor», «Clavileño», Tomo II, Sep., oct. 1951.

rales", otro dato romántico en ciernes). Pero Arcadio puntualiza que el verdadero amor, al que él se refiere, es el amor honesto, "que se anida en alma cautiva", y es capaz de embellecer a la materia.

Este concepto del amor puro pinta de un delicioso panteísmo las escenas finales. Pero vayamos por partes. Amintas es un viejo venerable. Roldán retrata su ancianidad de mano maestra:

"Setenta veces de la madre Flora
De rosas y alelís el tesoro
He visto matizar esta pradera.
El céfiro suave ya nevada
Ondea mi antes rubia cabellera".

Por tanto, es un deber interceder en Belardo, el padre de Melisa, por Danilo. Arcadio se lo recuerda: "y hacerlo debes—pues los Dioses tu anciana edad virtud dieron—de componer las rústicas porfías de los simples pastores". Amintas se presta a hablarle, junto con Arcadio. Todo el interés de la obra se centra en esa escena. Belardo mantiene su actitud avarienta. Arcadio siente nostalgia por los pesados tiempos, donde tan sólo se respetaba el amor:

"¿O tiempo donde estás? Quando tan solo
De los simples pastores
Era amor la virtud".

Pero Belardo prosigue en su actitud. Roldán respeta la actuación paterna, el "paternal imperio" de los clásicos. No hay forzamientos, ni escapadas románticas de los enamorados. Se trata de convencerles por las buenas, por unas amigas —y aquí la amistad que tanto sopesaban estos hombres— para que acceda, al fin. Es más en una escena —la VII— Rosana y Melisa hablan sobre la autoridad del padre.

"ROSANA.—Obedecerle es ley forzosa.
MELISA.—¡Qué dura ley!
ROSANA.—Los Dioses la dictaron.
MELISA.—Amor es también Dios.
ROSANA.—Un Dios tirano..."

Volvamos a Belardo, para quien la riqueza de Fileno es cuestión importante. Amintas inquires, entonces, con una curiosidad muy del XVIII, y de estos sacerdotes que procuraban sacar uti-

lidad de sus entretenimientos poéticos: “¿Y será más virtuoso?”. Belardo defiende su postura: “¿Puede ser la riqueza desquereda?”. Amintas contesta: “Yo no, que solo precio la virtud”. Y Arcadio, por su parte, enarbola su platonismo:

“Yo el amor, el amor puro.
Amor que enlaza con su hermanal cadena
El placer, la virtud, la paz divina”.

De ese modo, cada uno expresa su pensamiento. Y de ello, resulta un diálogo muy de la época. A la postre, Arcadio canta el panteísmo amoroso, con elevado acento renacentista. En la Naturaleza “todo es amor”. El arroyuelo “amor sonando vá”. Los jilgueros “amor dicen también”. Se aman los corderos y los manchados novillos en la pradera.

Por último, Arcadio regala 50 vacas y 10 toros a Danilo. Y éste, ya rico, se casará con Melisa. Belardo lo abraza y todos contentos, “de amor entre cándidas delicias”, veneran a los dioses.

El agua y el amanecer.

Como veis, la línea argumental es simple y sencilla y sin grandes complicaciones para nadie. Con esa base, son muchos los aciertos de Roldán. Descuella su finísima y justa adjetivación—que ya señaló Díaz Plaja—. Sus adjetivos son precisos y exactos y brindan una sensación perfecta y conseguida. Ya en otra ocasión, nos referimos a esto. Verbigracia: “En el ríscoso monte”, “la muelle arena”... En el “Danilo” los ejemplos son innumerables: “frondosos frutales”, “vega florosa”, “bramantes novillos”, “pampanosas vides”, “hojosas hayas”, “encinosa selva”, “lanudas ovejas”, “valle herboso”...

Claro está, que la facilidad de adjetivación era muy frecuente en estos neoclásicos. Reinoso hace referencia al “suelo herboso” (78). Porque la temática era muy parecida, los versos son muy semejantes también. En una “Silva” de Reinoso leereis:

“El tímido ganado
Allí zagalas llevan y pastores,
Y de olorosas flores,
Entrelazadas con el mirto bello

(78) «Cual el albo ganado ...se estiende esparcido... por el herboso égido...» Oda X, Reinoso.

Danielo.

Drama pastoral

*Leído en la Academia de Letras humanas
de Sevilla en la Junta de 7 de
Octubre de 1799 por su individuo*

D. Josef Maria Roldán.

84

Escena 1ª

Aminta, Danilo.

Aminta.

Yá donde tú, Danilo, un otro campo,
Otro prado hallarás tan delicioso?

Danilo.

Aminta, á un desdichado
El mas bello lugar es mas odioso.
Tene', tene' demí! do' en lloro eterno
Acaba puesta la doliente vida.

Aminta.

No ragati: estos valles son amables.
De fresca riberilla aquí el ganado
Hallan siempre abundoso el pasto dulce.
Y al hambriento **P**astor estos frutos
Vienen, pomar ofrecen sazonadas.
La degue primavera.

Mora aquí & continuo: por do quiera
El mas grato placer está brindando.

No hay, rapaz, contra amor mejor remedio
Que los simples cuidados
De la vida del campo delectosa.
Esta vega florosa,
Estos valles, el bosque, o quejosos prados
Todos, Danilo, ofrecen el mas bello
El mas grato placer a un pecho puro.
Allí en la selva entorno a la fontana
Verás qual los rosales
Del cefiro mecidos mil aromas
Difundir, que embriegan el sentido.
Quando alboréa la serena aurora,
¡Juan dulce es el trinar de los pilgueros,
A paz de los canoros ruiseñores?
Entonce el rapazito sus manadas
Saca por los otros,
Y en tanto que pastando
Van la menuda grama mansamente,
El con suave acento
~~En pausada tonada~~
Al cielo sus placeres va cantando.
¡Y paz que el sol ardiente se va alizando,

Todo todo crama. El arroyuelo
Entre el murmurio de su curso ondoso
Y amor sonando vá. ¡ Delos seligeros,
Oyes el dulcetino melodioso!
Amor dicen tambien. Amor gorjea
El pardo ruiseñor en la enramada.
Amor de los corderos
El ticsno bee repite. Amor rebrama
El manchado novillo en la praderia:
Míxalo qual brioso
La candida novilla vá siguiendo,
Y el parto divide, y la bravura fija.
Naturaa toda quando amor inflama
Su seno maternal, es primavera:
Fuge amor; horosoro tuite muereno
Su florido veadoz ya palidece.
¡O Belardo! las celicas dabradas
Enima del amor, que en sus placcos
A Helena prepara mil venenos.
¡Hueco, si, y candidos arbores
Amenos...

Esmaltan su cabello,
Y en placer inocente,
Y en cantar apacible, no estudiado,
Al campo dan y al viento sus amores..."

La motivación eglógica, entre favonios y corderos que balan, imponía un horizonte común para encuadrar el paisaje.

Pero dentro de esa repetición tan acusada, hay una nota que me subyuga. Para esa exaltación primaveral, el invierno era como la muerte. Esto es común en casi todos los poetas sevillanos. No les gusta nada el invierno. Son primaverales por excelencia. Para don Fernando de Herrera, que bautizó al otoño, llamándole "turbado", el invierno es el "horror frío". El "orrido invierno", el "aterido"... (79). "Orrido invierno" lo nombra también Rioja. "Yerto" dijo de él, Blanco. El "horroso triste invierno"—escribe Roldán en su "Danilo", siguiendo a Herrera, de quien parece venirles este pavor por el frío y el viento helado a estos sevillanos neoclásicos (80). Otra cosa que me atrae en ellos es el sonar de agua que les acompaña siempre, como si quisieran atestiguar que vivían pared por medio del Guadalquivir. Y esto les venía de Villegas y de Meléndez, para quien el agua que corre es esencial, como finísimamente anotó Cossío (81). En este punto, el término que usan con frecuencia es "murmurio". Para Reinoso, el Betis anda con "murmurio undoso". Y Roldán lo emplea bastante:

"con murmurio blando
Resbala ledo al prado el arroyuelo".

Exactamente casi, lo repite en su "Danilo": "en el murmurio de su curso undoso" (82).

Veamos también la impresión del arroyo que corre, con un curso que nos vendría a dar —aguas arriba— en su nacimiento, con el manantial de Lope. En la Oda IV de Roldán, encontraréis: "Que se desliza en giro sonoro—De cristalino hielo—Los lazos desatados". En el "Danilo" se acentúa: podrá el arroyo detener sus aguas, "quando los lazos—de su cristal desata el sol ardiente".

(79) En su Soneto V y XXXIX.

(80) «El aterido invierno» se lee en la Oda IV. «Canto de Febo en loor de Milena, poetisa», de Roldán.

(81) «Villegas supo ver y penetrar más que poeta alguno el encanto de fuentes y arroyos...» Meléndez adivinó «que el agua es la conciencia del paisaje». En el agua late y vive el paisaje, se reconoce y retrata, cobra su ritmo y refleja su tono... Vid. los ensayos de José María de Cossío. «Fuentes y arroyos», «Un poeta sensual» y «El agua y el paisaje» en «Poesía Española». Austral, 1952. Págs. 104, 118 y 120.

¿Y cómo no hacer una parada con el amanecer, tan importante para estos sevillanos? Es la llegada de la nueva luz y "para un poeta de Sevilla, la luz tiene una valoración cósmica"—ha escrito Pardo Canalis (83). Sin embargo, en su "Danilo", Roldán olvida las cuádrigas inflamadas para hablar del sol. Martínez de la Rosa insistía en que en la égloga no se admitían magnificencias. Ni carros de oro... etc. Roldán, que había usado en sus églogas y odas anteriores de un grandilocuente y armonioso sentido del color, a la manera del Tiépolo, con pinceladas herrerianas, en el "Danilo" se despoja un poco de esa forma, para darnos una nota suave y ordenada de la luz que nace. Ya no hay soles rutilantes—"Febo con nuevos rayos su cuádriga—Por las cumbres del cielo va subiendo" (égloga III—"El Natal de Filis") (84), "ora que Febo con ráfagas de oro—velada la alta frente, el orbe llena"—(Oda V), a la manera del "divo Herrera", cuando ve al sol, "revuelto en oro la encrespada frente", en su "alto carro", con su "hacha inflamada"... Su alusión al amanecer es más concertada y fina. Ni son ámbares suaves, poblados de aves, como los de Reinoso. Hay que buscar un amanecer más tranquilo, sin nubes de "gualda y amaranto", mientras la Aurora sube sobre "ruedas de oro". Ya Reinoso acertó con un amanecer de égloga. "Por el prado—¡oh! cuán tranquilo cantatras su humilde ganado—De inocente alegría—bañado el rostro cándido—levanta sus puras manos, saludando al día". Y el propio Roldán, en su "Natal de Filis": "¡Qué célicos placeres—Espira por doquier natura toda—En tan sereno y delicioso día!"

Esa misma serenidad, más reflexiva si cabe, nos la deja este amanecer del "Danilo":

"El sol ardiente se va alzando
Ora en el valle, en torno de la fuente
Los frondosos frutales,
en concertadas filas va ordenando".

El color.

Por último, el color. El color que les venía a raudales de Herrera, con sus versos "llenos de luces y colores poéticos"—como dijo Rodrigo Caro. El color que es vital en Sevilla. "Los

(82) Escena XIII. En otra ocasión: y con «murmurio blando» el arroyuelo.

(83) «Hacia una estética becqueriana». «Rev. de Ideas Estéticas», 1951. E. Pardo Canalis. Pág. 393.

(84) «En rosas coronado—la inflamada cuádriga—domando, vida llueve al hemisferio...» (Oda V). «Su cuádriga hiriente.—Frenando Apolo, del rosado Oriente...» (Oda IV).

mismos sevillanos vivían en un ambiente propicio al atavismo árabe y al color”—escribe Valbuena Prat (85). El blanco y el rojo, la nieve y el fuego. En el “Danilo”, Arcadio siente nostalgia de Licori, su antigua y lejana amada. Y recuerda a sus dientes:

“el blancor de sus dientes, qual la nieve
con que el invierno cubre las montañas”.

Por otra parte, las imágenes están en consonancia con el ambiente, tal ya vimos con anterioridad. Así, cuando quiere expresar Danilo —escena XV— cómo las gracias del rostro de Melisa vuelan en derredor, añade:

“qual las avejas, en torno a los rosales”.

Y un perfume horaciano exhala ese verso.

Es muy bella también la impresión del campo. En la escena tercera, Arcadio canta las excelencias del que vive retirado del “mundanal bullicio”, siguiendo la pauta de Fr. Luis (86) o de Argensola, y comprende “las delicias del campo sosegado”, tras huir de las maldades y los hechizos de las ciudades. Pero la nota poética preferida es el simple rasgo de emoción campesina, de más importancia —como ya expresó Cossío— a los “dilatados versos pretendidamente descriptivos”.

Así, al decir “de pintados becerros, las praderas tus vacas llenarán”—la expresión simplista consigue más que páginas enteras. Teócrito es un buen ejemplo. No hace falta más, para que nos embargue esa emoción de los que quieren de una forma entrañable al campo.

Y para terminar, algunos toques negativos en el “Danilo”. Su ingenuidad elaborada, que, a veces, flota al exterior. “Ni el beé de las corderas le divierte”. Y, luego, ese cáncer roldanesco —que le venía de las odas— de emplear con demasiado estrépito algunos términos. En las odas, aparecían —como quien no quiere la cosa— “hondivago”, “armisono”, “horritonante”, “al-tipotente”... Aquí hay un “enfoguece”, un “furecido”... (87).

Muy poco, en resumen, para desacreditar a José María Roldán, quien, gracias a la resurrección de su “Danilo” —drama pastoral— que ha despertado de su profundo sueño, podemos

(85) En su «Hist. de la Lit. Española». Pág. 621.

(86) Al hablar de la noche, Roldán escribe: «en célico transporte el alma embarga». Es una insinuación de fray Luis, al que adoraban estos neoclásicos de la Academia de Letras Humanas de Sevilla.

(87) Para Martínez de la Rosa —«Poética» citada— en las églogas se debía de huir de palabras rastreras. Era señal de «desaliño y bajeza».

rehabilitar un poco poéticamente, poniendo su obra en manos de los estudiosos, para que ellos nos digan su última palabra. De cualquier modo, ya está el "Danilo" a la luz del día. ¡Ojalá sirva para elevar a nuestro buen poeta sevillano del XVIII!

JESUS DE LAS CUEVAS

(Trabajo premiado en el Concurso de Monografías para ARCHIVO HISPALENSE convocado en 1959.

A P É N D I C E

A continuación damos la transcripción íntegra —dada su importancia y en razón a lo buscado que fué inútilmente— del “Danilo”, drama pastoral, tal como obra en nuestro poder, gracias a la generosidad y cortesía —como dijimos— de don Salvador Rivero Pastor, de Jerez de la Frontera.

En su portada, después del título, se lee, escrito, como todo el “Danilo” de la propia mano de su autor, lo siguiente:

“Leído en la Academia de Letras Humanas de Sevilla en la Junta de 20 de octubre de 1799 por su individuo D. Josef María Roldán”.

Y en la contraportada: “Actores

DANILO
AMINTAS
ARCADIO
BELARDO padre de
MELISA y de
ROSANA

La escena es en un valle”.

ESCENA 1.^a

AMINTAS, DANILO

AMINTAS

¿Y a donde tu, Danilo, en otro campo,
Otro prado hallarás tan delicioso?

DANILO

Amintas, a un desdichado
El más bello lugar es más odioso.
Yo iré ¡triste de mí! do en lloro eterno
Acabar pueda la doliente vida.

AMINTAS

No zagal: estos valles son amables.
De fresca yerbecilla aquí el ganado
Halla siempre abundoso el pasto dulce.

Y al hambriento pastor estos frutales
Tiernas pomos ofrecen sazonadas.
La alegre primavera
Mora aquí de continuo; por do quiera
El más grato placer está brindado.

DANILO

Tal lo gozé yo un tiempo venturoso,
Quando a par de Melisa en este prado
Sus blancas corderitas gobernaba.
Mas ora ¿qué contento
Puedo aquí ya tener? solo, privado
De mi adorado bien, por el precepto
De un tosco mayoral, de un padre avaro.

AMINTAS

¿Por ventura Belardo ya no quiere,
Zagal, que tu apacientes sus ovejas?

DANILO

¡Ay! sí; mi adversa suerte
Este mal me guardaba.
Cuando la hermosa grey en los rediles
Juntaba la otra tarde, así me dixo:
Danilo, la cabaña
Tu dexa; mis ganados
Otro zagal conducirá mañana.

AMINTAS

Simple ¿y esa es tu pena? ¿Acaso solo
Belardo es mayoral en estas sierras?

DANILO

No pastor: mas el solo... ¡ay! de Melisa.

AMINTAS

¿De Melisa? O zagal, ya, ya conozco
La causa de tu duelo. Amor, amigo,
Hirió tu corazón. ¡Mísero joven!

DANILO

Sí, Amintas: el más ardiente,
El más honesto amor que entre pastores

Se vió jamás. Desde la edad primera
 Juntos en su cabaña nos criamos;
 De entonces nos amamos;
 Y en cándidos ardores
 Amor en nuestro pecho fué creciendo.
 ¿Cuántas hablas suaves?
 ¿Cuántas dulces promesas? ¿Qué ternuras
 Nos oyó esta pradera?
 Jamás a los oteros
 Yo el ganado llevaba que no fuera
 Melisa luego allí, y en juveniles
 Juegos y en mil placeres inocentes
 Las deliciosas horas divertiera.
 Nunca unión más hermosa
 Vieras tú, ni más pura entre dos almas.
 Y ora ¡cuitado! quando yo esperaba
 Que amor premiara mis ardores tiernos,
 Belardo fiero de una vez acaba
 Mis dulces esperanzas. ¡Ay perdido!
 ¿Que no te he de lograr, dulce Melisa?
 ¡Triste! ¿Para qué quiero
 Gozar ya más del sol y su luz bella?
 Dexa dexa pastor, que esta enojosa
 Vida vaya a finir, do nunca pueda
 Ver estos campos más.

AMINTAS

¡Cual devaneas
 Con tu pasión zagal! mísero olvida
 Ese amor.

DANILO

No es posible.

AMINTAS

Venturoso
 Serás entonces.

DANILO

¿Pero qué ventura
 Podré tener, viviendo sin mi amada?
 Tierna zagala, cándida, inocente,
 De un avariento padre soyugada...
 ¡Ay! ya la mano ofrecerá a Fileno.

AMINTAS

¿Qué? a Fileno también ama Melisa.

DANILO

No le ama, no... ¿más tú no sabes quanto
En una simple jovencilla puede
El paternal imperio? El la riqueza
Anhela de Fileno, y qual si fuera
Suya la voluntad, por fuerza quiere
Que lo ame también mi dueño hermoso.

AMINTAS

O zagal, te conviene
A Melisa olvidar. Cualquier zagala
Otro tiempo tu amor hará dichoso.

DANILO

Amintas, me atormentas.

AMINTAS

¡O joven impaciente! De un amigo
Toma el consejo ahora.
Setenta veces de la madre Flora
De rosas y alelís el tesoro
He visto matizar esta pradera.
El céfiro suave ya nevada
Ondea mi antes rubia cabellera.
Los pastores atentos mis consejos
Todos oyen, y yo las pampanosas
Vides podar a tiempo les enseño;
Y del sañudo invierno
Les anuncio las lluvias abundosas;
Y nunca de ellos mi presagio es burla.
Yo fui joven también, y ya conosco
Zagal lo que es amor. Quan niño tierno
El juego lo entretiene,
Y crece con el ocio más su llama,
Qual con el soplo fresco de favonio
La crespá yerbecilla.
No hay, zagal, contra amor mejor remedio
Que los simples cuidados
De la vida del campo deleytosa.
Esta vega florosa,
Estos valles, el bosque, aquesos prados
Todos, Danilo, ofrecen el más bello
El más grato placer, a un pecho puro.

Allí en la selva en torno a la fontana
Verás qual los rosales
Del cefiro mecidos mil aromas
Derraman, que embebecen el sentido.
Cuando alborea la serena aurora,
¿Quán dulce es el trinar de los xilgueros
A par de los canoros ruisñores?
Entonces el zagalejo sus manadas
Saca por los oteros;
Y en tanto que pastando
Van la menuda grama mansamente,
El con suave acento
En graciosas tonadas
Al cielo sus placeres va cantando.
A par que el sol ardiente se va alzando,
Ora en el valle en torno de la fuente
Los frondosos frutales
En concertadas filas va ordenando:
Ora el pesado yugo
Los bramantes novillos acostumbra:
Ora en el bosque umbrío
Las calurosas horas reclinado
Sobre la tierna yerba, se adormece
Con el zurzullo blando
De las blancas palomas
En las hojosas hayas anidadas;
Mientras los corderillos la frescura
Buscan del arroyuelo, que sonoro
Sobre la tersa arena se desliza.
Y cuando la callada
Noche nos viene, el luminoso coro
De brillantes luceros
En célico transporte el alma embarga.
Goza goza o zagal tan deliciosos
Placeres, y del crudo amor olvida
Los amargos cuidados congojosos.

DANILO

¡Ay pastor! las estrellas,
El prado, el arroyuelo, los corderos,
Todo todo me recuerda a mi Melisa.
Amintas tus consejos
No curan de mi mal la ardiente herida.
Si tú mi alivio quieres,

Haz que otra vez Belardo sus ovejas
 Vuelva a mi fiel cuidado,
 Vuelva la vista de mi bien hermoso.
 ¡O amor! ¡Ay me cuitado!...
 Pastor, queste lloro
 Conmueva tu piedad.

AMINTAS

Si me conmueve,
 Infeliz, tu dolor. ¿Más yo qué puedo?

DANILO

Tú, pastor... esas canas respetables,
 Tu virtud, tu prudencia, de Belardo
 Blandarán la dureza. ¡Ay! mi ventura
 No retardes Amintas: en la cabaña
 Estará ya: yo mientras a la fuente
 Voy, y a este valle tornaré ligero.

ESCENA 2.^a

AMINTAS

¡Desdichado zagal! tan de temprano
 De amor atado a la fatal cadena.
 Del euro ardiente la enojosa saña,
 Cuando comienza el plácido verano,
 No así daña las tiernas florecillas,
 Cuanto del fiero amor el fuego insano
 De un cándido doncel el pecho puro.
 Mas yo deste cuitado
 Quiero ver si aliviar puedo la pena.
 ¿Pero aquel que allí asoma, no es Arcadio?
 ¡Qué dichoso pastor! la virtud santa
 En su amoroso rostro está riendo.

ESCENA 3.^a

ARCADIO, AMINTAS

ARCADIO

Amintas, guarde el cielo
 Tu venerale edad. ¡Oh! qué tranquilo
 Deste florido valle la frescura
 Estás gozando, venturoso anciano.

AMINTAS

Arcadio, esta ventura
Los altos Dioses me conceden justos.
Mas ellos tu virtud también amigo
Con abundosos bienes han premiado.

ARCADIO

Feliz quien retirado
Del mundanal bullicio, las delicias
Puede gozar del campo sosegado.
Yo un tiempo las ciudades
De sus vanos hechizos seducido
Quise habitar; más ora sus maldades
Huyendo, en estas bellas alquerías
Gozo mil inocentes alegrías.
Los sencillos zagales
En pos de sus humildes manadillas
Cantando sus amores me recrean;
Y las tiernas zagalas,
Su candor dulce mi virtud enciende.
Los Dioses las riquezas
Me dieron, y con ellas sus afanes
Alivio al desdichado;
Y el cielo en premio su placer me envía.
Más tú el rostro turbado
Tienes, pastor.

AMINTAS

Del mísero Danilo
La triste suerte lamentaba ahora.

ARCADIO

¡Danilo aquel sencillo
Aquel bello zagal que de Belardo
Las lanudas ovejas apacienta!
¿Y qué suerte a Danilo ora atormenta?

AMINTAS

Amor, amor que llena
De dolor y miseria a un infelice.
Amor que el pecho tierno
Daña de un joven más que el fruto amargo
De la silvestre higuera.

ARCADIO

No así acuses a amor, pastor amigo.
Amor es don precioso
Que por alivio en la mortal fatiga
Al hombre el cielo concedió piadoso.

AMINTAS

¿Don del cielo el que muda
En amargo tormento y lloro triste
El más dulce reposo?
¡Oh pastor! tú no viste
Las ansias y congojas funerales
De un amante infeliz

ARCADIO

Del que en pos sigue
Del torpe amor lascivo, amor malvado
Que al alma roba sus delicias puras.

AMINTAS

¿Y qué amor no es así?

ARCADIO

El amor honesto
El que en un alma cándida se anida,
Que a la beldad rendida,
Sólo anhela las célicas dulzuras
De aquella unión suave, do cifrados
Natura tiene sus placeres todos.
¡Oh! ¿quien el alegría
Puede decir, y el plácido contento
Que goza venturoso un tierno joven
De su bella zagala en compañía?
No es más dulce el sonar de un arroyuelo
Que con murmurio blando
Por entre predrezuelas se desliza,
Cuando asoma risueña la alborada,
Y su luz tiembla sobre el agua pura,
Que el lento suspirar de un ledo amante
En brazos de su amada,
En suaves ardores
Latiendo el albo pecho palpitoso.
Ora de frescas flores

Las sus sienes orlando, la engalana;
 Ora a su lado en dulce caramillo
 Le canta sus amores.
 El blando cefirillo
 Parece que despierta con el canto,
 Y en los tiernos almendros
 Alegre retozando, mil aromas
 Por el valle desaparecen deliciosos.
 Las nevadas palomas
 Con tiernos besos entre dulce arrullo
 La ardiente llama alivian anhelantes.
 Los bellos xilguerillos
 En trinos armoniosos
 Por la florida vega van sonando.
 Toda toda natura se embellece,
 Cuando anima de amor el fuego blando.
 ¿Más de esc tu Danilo qué zagala
 El candoroso pecho ora enfoguece?

AMINTAS

Melisa.

ARCADIO

¿Aquella hermosa zagaleja
 La hija de Belardo?

AMINTAS

Aquesa cierto.

ARCADIO

¿Y acaso desdeñosa
 Melisa el grato amor huye del joven?

ARCADIO

No lo huye, según el triste ahora
 Conmigo lamentaba;
 Que desde pequeñuela ya lo amaba,
 Y ora lo ama también cual él la adora.
 Más Belardo su padre la riqueza
 Quiere más de Fileno.

ARCADIO

¡Ciego engaño!

AMINTAS

Y al mísero zagal de su cabaña
 Severo despidió, quizá temiendo
 De la simple doncella los amores.

ARCADIO

¡Cuitado joven! ¿En su suerte adversa
Quánto dolor tendrá? decirlo puede
Tan sólo quien de amor probó la llama.

AMINTAS

¡Lo oyeras tú aquí ahora lamentando
Conmigo su dolor! su triste lloro
Pudiera conmover el más helado
Pecho de duro mármol fabricado.
En vano mil consejos
Le daba que su pena remediaran.

ARCADIO

Pastor, contra los tiros llameantes
De amor en vano tu remedio aplicas.
Sus ardorosos fuegos
Tan sólo apaga el olvidoso Lete.

AMINTAS

¿Y no serán, Arcadio, aquestos prados
Bastantes, y sus cándidas delicias,
Para olvidar de amor tristes cuidados?

ARCADIO

¡Pastor desamorado! no conoces
Tú quan hondas de amor hieren las flechas.
Sí, Amintas, compadece
Al mísero zagal.

AMINTAS

¡Ah! desdichado.
¡Quánto su amarga pena me enternece!
El triste de Belardo la aspereza
Quiere que ablande yo.

ARCADIO

Y hacerlo debes
Amintas, pues los Dioses
A tu anciana edad la virtud dieron
De componer las rústicas porfías
De los simples pastores

AMINTAS

Sí haré. Más el cuitado

Vuelve aquí ya. Tu encanto le consuela,
Que yo busco a Belardo en su cabaña.

ESCENA 4.^a

DANILO, ARCADIO

ARCADIO

Salve tierno zagal; ya me ha contado
Amintas de tu amor la dura suerte.

DANILO

¡Ay! que amor furecido todo todo
En mi pecho su fuego ha derramado,
Y el veneno mortal.

ARCADIO

No desesperes
Zagal, en triste llanto así deshecho;
Que amor el pecho hiere,
Y amor la dulce calma torna al pecho.

DANILO

¡Ay! que el un tiempo celestial dulzura
Contino daba al mío, quando ufano
En este mismo valle donde ahora
Lloroso me lamento, de Melisa,
La divinal Melisa, mi adorada,
Mi bella palomita ¡oh sin ventura!
Gozaba mil finezas.

ARCADIO

El recuerdo
Danilo de tu gloria ya pasada
Hará tus duras ansias más fatales.

DANILO

¿Y podré yo olvidarla? Esta pradera,
Esto floroso val, los encinales,
El bosque, todo todo mis amores
Repite: el arroyuelo
Entre el murmurio de sus ondas blando
El nombre de Melisa va sonando.

ARCADIO

¡Malhadado zagal! ¡qual me entenece
Ese amor candoroso! ¡Ay! que yo un tiempo
También amé, y ardí por mi Licori,
Ojos vivaces, rubia cabellera,
Y el bláncor de sus dientes qual la nieve
Conque el invierno cubre las montañas.
¡O joven! ¡Si pudiera
Yo tu pena aliviar, y de esa hermosa
Darte los dulces brazos que suspiras!
Sí, Danilo; los Dioses
Un corazón me dieron compasivo
Al lloro de los tristes enamorados.

DANILO

¡O pastor! premie el cielo
Tu amorosa piedad. A un infelice
¡Ay! quanto no consuela
Saber que su desgracia compadecen!

ARCADIO

Yo a la selva encinosa
Donde de Pan se eleva el ara sacra,
A ofrecer voy agora miel sabrosa;
Y de la fresca leche un tarro lleno
Por ti derramaré; que a Pan agrada
La leche sobre el ara derramada,
Y pan de los pastores ha cuidado.
Tú mientras el triste lloro
Dexa, y aquí me espera en este prado.

ESCENA 5.^a

DANILO

¿Podrá rápido arroyo la corriente
De sus ondas tener, quando los lazos
De su cristal desata el sol ardiente?
¡Oh! más difícil es, que de mis ojos
Pueda yo reprimir el llanto amargo,
De aquel hermoso bien que lloro ausente.
¡Ay, mísero de mí! ¿quién, quién me priva
De mi dulce placer? ¿Quién me ha robado

Mi amor? ¿Mi tierno amor? ¿Mis alegrías?
 ¡Avaro, avaro! en vano tu porfías
 Dos almas separar que amor ha unido.
 Sí, sí; Melisa es mía: yo la adoro;
 Yo la amé desde niño; yo... Melisa,
 Sí; Melisa me adora.
 ¡Oh! como aquella noche
 Al despedirme, de sus ojos bellos
 Mil lágrimas corrían! ¡que amorosa
 Mirándome, su amor me confirmaba!
 ¡Ay cielos! ¡que no pueda
 Yo mirarla otra vez! o dolorosa
 Cruel separación ¡oh! si viniera
 En la fuente tal vez... allí las blancas
 Corderillas llevar suele a la tarde,
 A gozar el frescor de la pradera.

Vase, y por el lado opuesto antes que acabe de ocultarse Danilo, sale Rosana.

ESCENA 6.^a

ROSANA

Aquí Melisa dixo que vendría
 En este herboso valle. ¿Más Danilo?
 ¡Desgraciado zagal! Quiero llamarlo.
 ¡Danilo! ¡Hola zagal!... ¿Que no me ha oído?
 Le seguiré; mas no, que al afligido
 Quizás más dolorosa
 Mi vista le será. Yo su desgracia
 Compadesco, y muy más la de Melisa
 Me duele, que llorosa
 De entonces ya qual antes no la agrada
 De las aves la música armoniosa;
 Ni el beé de sus corderas la divierte;
 Ni con ellas jugar de la fontana
 En derredor la place.
 ¡O amor, cuán engañosa es tu dulzura!
 Felice yo, que de su herviente llama
 Logro vivir exenta, y los rigores
 No siento de un cruel, que el alma llena
 De quebranto y dolor. Más ella viene.
 ¡Qué simple y qué agraciada! de hermosura
 El cielo la colmó.

ESCENA 7.^a

MELISA, ROSANA

MELISA

¡Ay! ¿Dónde una infeliz su desventura
Podrá libre llorar? ¿Tú no lo has visto?

ROSANA

¿Danilo? Aquí ora estaba, quando al valle
Llegaba yo.

MELISA

¿Qué dices? ¡Ay Rosana!
¿En dónde se escondió? ¿Qué de mí huye?

ROSANA

No me vió el desdichado. Le llamaba,
Y no me oyó.

MELISA

¿Porqué no lo seguiste?

ROSANA

Porque lo ví afligido, y yo pensaba
Que mi vista quizá más le afligiera.

MELISA

Yo, yo lo buscaré.

ROSANA

Para qué quieres
Buscarle simplecilla, si ya en vano
Le amarás. Sí, zagala, olvida, olvida.
El cielo para ti no lo ha criado.
Tu amor será Fileno.

MELISA

¡Odioso nombre!

ROSANA

¿El de tu esposo?

MELISA

¿Y quién le dió mi mano?

ROSANA

Tu padre. Obedecerle es ley forzosa.

MELISA

¡Qué dura ley!

ROSANA

Los Dioses la dictaron.

MELISA

Amor también es Dios.

ROSANA

Un Dios tirano
Que en llenar de dolor las almas puras
Tiene placer.

MELISA

¡Ay cielos! mis ardores
Burla tuya Rosana, y mi fatiga
Te divierte, cruel.

ROSANA

¿Yo me divierto?
¿Yo te burlo? ¡Ay querida! Tú no sabes
Quánto me duele ver tu amarga pena.
¿Más que remedio te he de dar cuitada?

MELISA

¡Qué! ¿No lo habrá? ¿Mi padre tan severo
Será, que no lo mueva
Ni de una hija el llanto lastimero?

ROSANA

Su pecho es inflexible... Sólo Amintas...

MELISA

Amintas, aquel anciano...

ROSANA

Quizá pueda
El rendir su dureza. Yo le oía
A mi padre una noche sus virtudes
Loar y sus consejos.

MELISA

¡Ay Rosana! ¿Y hablarle quién pudiera?

ROSANA

Yo que anhelo tu bien: yo misma ahora
A su cabaña volaré ligera,
Y en sus consejos fiaré tu suerte.

ESCENA 8.^a

MELISA

Crudo amor ¡Ay! ¿Porqué de esta cuitada
 En ver el triste llanto te complaces?
 ¡Oh! dame la muerte
 Antes sufra, que un lazo tan odioso
 Junte mi mano a quien amar no puedo.
 ¡Madre, o Nice! ¡Ay de mí! ¿Porqué finaste
 Tan presto? y a esta simple cuitadilla
 Así en triste orfandad desamparaste
 ¡Oh! vieras madre mía tu Danilo,
 Tu Danilo, el zagai que tierna amabas,
 De su dulce Melisa despojado.
 En vano, en vano ¡ay triste! celebrabas
 Su inocente virtud, el candor bello
 De aquel alma feliz. ¡Oh! qué dichosa
 Serás Melisa, entonces me decías,
 En tan amable unión; la paz hermosa,
 La inocencia, el placer, de tu chosita
 En torno volarán; y tus hijuelos
 El alivio serán de tus cuidados.
 Más el viene. ¡Ay de mí!

ESCENA 9.^a

DANILO, MELISA

DANILO

¡Cielos! ¿Es ella?

MELISA

¡Ay Danilo!

DANILO

¡Melisa! ¿Porqué ingrata
 Huyes de mí? ¿Porqué abandonas
 A tu zagai? ¿Olvidas mis amores?
 Mis amores que un tiempo tus delicias
 Eran y tu placer.

MELISA

¡Ay! ¿Y así ultrajas
 A una amante infeliz? ¿Tú mis dolores
 Quieres doblar cruel? ¡Ay desdichada!
 Yo te adoro... Mi padre, si me viera
 Hablar contigo, me juró sus iras.

DANILO

¡Ay mi dulce Melisa! ¿Quién pudiera
Ablandar su rigor? No, no es posible.
Yo te pierdo... es forzoso... mi adorada.
A Dios; yo iré a morir: en otras tierras,
En soledad continua, de ti lexos
Viviré

MELISA

¡Ay zagal! ¿Dónde te lleva
La pasión, infeliz?

DANILO

No, yo no puedo
Resistirla, mi amor. ¿Quieres que vea
A mi adorado bien en otros brazos?

MELISA

¡Ay! no; verás primero
Cortar la parca el hilo de mi vida.
No, mi amado; tu vive: a esta cuitada
No aumentes el dolor con tu partida.
Yo tu esposa seré.

DANILO

¿Pero tu padre?

MELISA

Mi padre cederá: tal vez Amintas
Lo podrá convencer. Rosana ahora
Fué a su choza a buscarlo.

DANILO

Yo también imploraba
Ha poco su favor en este valle.

MELISA

¿Y lo hará?

DANILO

Sí, lo hará: de sus consejos
Es grande la virtud. ¡Ah! sí; algún día
Gozaré de tu amor; seré tu esposo.
Mi gloria, mi alegría
Revivid, revivid; Melisa es mía.
En este valle herboso
A pastar volveré sus corderillos.

Cantad, cantad xilgueros,
Cantad, y celebrad mis esperanzas.

MELISA

¡Ay Danilo! yo temo
Si mi padre vendrá. Zagal no puedo
Ya más estar aquí.

DANILO

¡Mi amor! ¿Adónde
irás? Te seguiré.

MELISA

Mi padre ¡ay! sus enojos son severos.
A Dios queda zagal; a Dios mi amado:
Yo te adoro.

Vase; y al acabar de salir, vuelve a mirar; y dice enternecida:
¡Mi esposo a Dios!

ESCENA 10.^a

DANILO

¡Ay cielos!
Mi esposo... ¿Lo seré? sí; que no hay fuerzas
Que basten a romper el fuerte lazo
Con que amor nos unió. ¡Su padre!... ¡Ay triste!
¿Si Amintas su dureza habrá ablandado?
Quizá... Soy infeliz: no, ya no tiene
Esperanza mi amor. ¡Ay! El no viene.
No Arcadio. Todos, todos me abandonan.
Dioses mis tristes ansias
Socorred.

ESCENA 11.^a

DANILO, ARCADIO

ARCADIO

Sí, Danilo, de los buenos
Los Dioses han cuidado.
Sé justo; y ellos colmarán tu pena.

DANILO

¡Ay pastor! la virtud siempre mi anhelo
Ha sido y mis placeres.

Nice me la enseñaba, quando niño
 En su choza ¡qué amable! sus lecciones
 Me daba, y a Melisa. Los celestes
 Dioses amad, decía,
 Y el cielo os tornará sus bendiciones.
 Entonces se encendía
 Mi pecho en dulce ardor, y sonrosaba
 Melisa el albo rostro, y al sagrado
 Bosque corriendo, sobre el ara sacra
 Mil flores esparcía.
 Y rozagantes orlas retexiendo,
 Mis sienes simplecilla coronaba;
 Y amorosa riendo, me decía:
 Yo te amo zagal; en este valle
 Juntos las corderitas pacentemos;
 Aquí la yerba es tierna, y del arroyo
 Más limpia el agua corre; y Pan habita
 En esta selva, y cuida los rebaños.
 ¡Oh días de placer! dulces finezas
 De mi adorado amor ¡Yo os idolatro!
 ¡Ay mi pastor! ¿Ofende
 A los Dioses mi amor?

ARCADIO

No, no mi amado.
 ¡Oh! ¡Cuánto ese candor mi pecho enciende!
 Dioses, a vos agrada
 La virtud, este amor salvad piadosos.

ESCENA 12.^a

ARCADIO, DANILO, AMINTAS

ARCADIO

¡Oh Amintas! ¿Ya mudado
 Belardo está? ¿Venciste su dureza?
 ¿Callas? ¿Estás penoso?

DANILO

¡Ay desdichado!

AMINTAS

Triste joven, olvida tus amores.

DANILO

¡Cielos! ¡Cuitado yo!

ARCADIO

¿Tan inflexible
Belardo puede ser?

AMINTAS

Su pecho avaro
Todo ocupó el amor de la riqueza.

ARCADIO

¿O tiempo dónde estás? quando tan solo
De los simples pastores
Era amor la virtud. Tu no desmayes
Bello zagal. Yo iré; siempre a su lado
Tu virtud loaré, tu amor honesto;
Clamaré de continuo, hasta que logre
Vencerle mi porfía.

AMINTAS

Será en vano
Arcadio tu rogar.

ARCADIO

¿Tan duro, Amintas,
Ha de ser? no lo creo. Más cercano
De este lugar lo miro.

DANILO

¡Ay! yo no puedo
Su vista tolerar. Entre estas ramas
Me esconderé.

Se esconde entre unas ramas cerca de la escena, donde pueda
oír lo que se diga.

ESCENA 13.^a

ARCADIO, AMINTAS, BELARDO

ARCADIO

¡O Belardo! felizmente
La suerte te previene a mi deseo.
Dichoso eres pastor.

BELARDO

El cielo siempre
Me ha sido muy propicio, amado Arcadio.

ARCADIO

Y ahora tu ventura más piadoso
 Quise colmar, con el hermoso lazo
 Que destinó a Melisa: ¡Oh! qué sabroso
 Dulzor tu anciano pecho
 Entonces henchirá, quando tu mano
 Ayunte en sacra unión dos almas puras,
 Que amor en sus delicias ha formado
 Sí, mi Pastor; el cándido Danilo
 Es el amor que el cielo ha destinado
 A la bella Melisa.

BELARDO

Mejor suerte
 Yo Arcadio le preparo, más dichosa.

ARCADIO

¿Cuál es?

BELARDO

La de Fileno.

ARCADIO

Lo conosco. ¿Y será más virtuoso?
 ¿Más cándido su amor? ¿Más encendido?
 ¿Más grato a la doncella?

BELARDO

Es joven rico.

ARCADIO

¿Y lo amará por eso la zagala?

BELARDO

¿Puede ser la riqueza desquerida?
 Todos la aman.

AMINTAS

Yo no, que sólo precio
 La virtud.

ARCADIO

Yo el amor, el amor puro.
 Amor que enlaza en su hermanal cadena
 El placer, la virtud, la paz divina.

BELARDO

Todo lo cifra en su también riqueza.

ARCADIO

¡O Pastor! tu ambición te desatina.
¡Ynfeliz! que de amor a la dulzura
Ynsensible, no pruebas la terneza
De su celeste ardor! ¿Ves la verdura
De este valle frondoso? ¿Los aromas
Que expiran por doquier las florecillas?
Todo todo es amor. El arroyuelo
Entre el murmurio de su curso ondoso
Amor sonando va. ¿De los xilgueros
Oyes el dulce trino melodioso?
Amor dicen también. Amor gorgea
El pardo ruiñeñor en la enramada.
Amor de los corderos
El tierno becé repite. Amor rebrama
El manchado novillo en la pradera:
Míralo qual brioso
La cándida novilla va siguiendo,
Y el pasto olvida, y la bravura fiera.
Natura toda quando amor inflama
Su seno maternal, es primavera:
Huye amor: horroroso triste invierno
Su florido verdor ya palidece.
¡O Belardo! las célicas dulzuras
Estima del amor, que en sus placeres
A Melisa prepara mil venturas.
Aliente, sí, sus cándidos ardores
Tu mano generosa;
Y en unión tan hermosa
Goze la tierna virgen su Danilo.
Sus graciosos hijuelos
Serán tus añiciales alegrías.
Entonces cariñosa
Tu mano paternal al blanco pecho
Los juntará con amoroso abrazo;
Y el tierno dulce aliento
Enjugará tu rostro sudoroso.
La paz y las virtudes, el reposo,
Eternos morarán en tu cabaña.
El cielo tus rebaños
Bendecirá feliz, y el lobo hambriento
Herirlos no osará con diente agudo.
De pintados becerros las praderas

Tus vacas llenarán, contino henchidas
De fresca leche las carnosas tetas.

(Belardo comienza a retirarse, y Arcadio continúa deteniéndole).

¡Belardo! ¿Así te vas? Aguarda amigo.

ARCADIO

De la noche el lucero ya se enciende,
Y esperan en la fuente mis zagales.

ARCADIO

Al fin será Melisa...

BELARDO

De Fileno.

ARCADIO

¿Y el mísero Danilo?

BELARDO

Otra zagala le dará ventura.

ARCADIO

¿Y su cándido amor? ¡Oh! ¿Su dulzura
Destimas, Ynfeliz?

BELARDO

Amor es bueno.
Mas yo mejor estimo la riqueza.

ARCADIO

¡Ay triste! Tus rigores
La muerte le darán.

BELARDO

Soy insensible.

Vuelve a retirarse, y Arcadio lo detiene.

ARCADIO

Aguarda ¡Santos Dioses! Yo no puedo
Contener de mi pecho los ardores.
Cincuenta vacas, diez pintados toros
De mis manadas cederé a Danilo.
Tú escoge quantas quieras
En mis hatos de cabras y corderas.
Y goze en dulce lazo
A su amada Melisa venturoso.

BELARDO

¡Pastor!

AMINTAS

¡Dioses! ¡Qué amor tan generoso!

ARCADIO

¿Callas?

BELARDO

¡Amable Arcadio!

¡Que suaves ardores en mi pecho
 Ha encendido tu exemplo virtuoso!
 Goze goze Danilo de Melisa.
 Y yo seré feliz, si el dulce abrazo
 Me das de tu amistad.

Lo abraza.

ESCENA 14.^a

DANILO, ARCADIO, AMINTAS, BELARDO

DANILO.—Aparte

(¡Ay! yo no puedo
 Más tiempo resistir) ¡Arcadio, amigo!
 (Se abrazan).

ARCADIO

Ya querido zagal, piadoso el cielo
 Tus deseos cumplió. Ya ya felice
 Tu amada gozarás.

DANILO

¡Ay! ¡Cuánto debo
 A tu piedad! ¡Premiadla grandes Dioses!

ARCADIO

Ora abraza a tu padre.

Danilo, abrazando a Belardo.

¡Padre mío!

BELARDO

¡Ynocente zagal! ¡Cuánto me duele
 La pena que te di! Tu mi consuelo
 Serás en mi vejez.

DANILO

¡Ay! ¡Cuál se inunda
 En celestial placer mi tierno pecho!

¡Arcadio! ¡Amintas! ¡Padre!... Mi Melisa.
 ¡Ay! ¿Do estará? Yo vuelo
 A buscarla veloz.

Asoma Melisa con Rosana.

ESCENA 15.^a

MELISA y ROSANA, y los mismos

DANILO

¡Mas ella! ¡Dioses!
 ¡O qué hermosa! ¿La ves? ¿La ves Arcadio?
 Todas todas las gracias de su rostro
 Vuelan en derredor, qual las avejas
 En torno a los rosales. ¡Ay! mi amada
 Mi esposa ¡Mi alegría!

(Melisa en ademán de sobresaltada).

¡Ay Danilo!... ¡Mi padre!

Belardo, abrazándola

¡Oh! hija mía
 Ven querida a mis brazos: Ya tu esposo
 Tienes aquí. ¿No amabas a Danilo?

MELISA

¡Padre! ¿Es cierto?... ¡Rosana! ¿Quién?... Tú Amintas
 Me has dado tanto bien.

AMINTAS

No mi zagala.
 Arcadio es el autor de tu ventura
 Su virtud generosa de su hacienda
 A Danilo ha cedido; y ya tu padre
 Le concedió tu mano.

MELISA

¡En cuánto gozo
 Mi pecho se alborozó! ¡Arcadio! ¡Arcadio!
 ¡Es posible Pastor?

ARCADIO

¡Oh! qué dulzura
 Es aliviar los congojosos males
 De los tristes amantes desvalidos.
 Sed felices zagales:
 Y de amor entre cándidas delicias
 Los Dioses venerad, que ellos piadosos
 Os colmarán de bienes abundosos.

